



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 32 Diciembre de 2020



*Dolores y alegrías
en la aurora del triunfo*



Fundador de una lucha santa

Es una gloria especial iniciar cualquier obra buena. Por eso acostumbramos homenajear al fundador de una ciudad, de una dinastía, de una diócesis, el primer habitante de un país.

Por lo tanto, a fortiori, debemos homenajear también a aquellos que levantan una lucha santa. En este caso, son los fundadores de la reacción. Ellos poseen el mérito y la gloria de haber sido los primeros que combatieron cuando estaban aislados y no sabían con quién deberían contar. Habiendo corrido el riesgo de la aventura de levantar el estandarte, se convirtieron en los padres espirituales de toda la lucha que siguió.

San Filogonio debe ser extraordinariamente digno de nuestra veneración, porque fue de los que suscitaron la lucha contra un precursor de Lutero, llamado Arrio.

(Extraído de conferencia de 20/12/1965)

Sumario

Vol. III - No. 32 Diciembre de 2020



En la portada, pesebre.

Foto: Luis Samuel

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *Oración a la Sagrada Familia*

PIEDAD PLINIANA

5 *Un regalo para la Santísima Virgen*

DOÑA LUCILIA

6 *Una forma de ser profundamente contrarrevolucionaria*

DE MARIA NUNQUAM SATIS

10 *Devoción mariana contrarrevolucionaria*

DR. PLINIO COMENTA...

14 *La Iglesia Católica viviendo en el alma de los pueblos*

SANTORAL

20 *Santos de Diciembre*

HAGIOGRAFÍA

22 *Simbolismos y zigzags en la vida de San Juan de Mata*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO

27 *Alegría y dolor junto al Pesebre*

APÓSTOL DEL PULCHRUM

34 *“Celestización” de la vida temporal*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Tabernáculo del Verbo Encarnado*



Oración a la Sagrada Familia

Nuestros ojos se vuelven encantados y llenos de esperanzas para las fiestas de Navidad. Las festividades natalinas dan una tranquilidad y una paz al alma que no admite ilusiones ni flaquezas, y, al mismo tiempo, una fuerza sin orgullo ni prepotencia, fortaleciéndola para poder defenderse a sí misma y salvaguardar la gran causa de la Iglesia y de la Civilización Cristiana.

Nuestro espíritu es conducido a la consideración enternecida de un espectáculo, apaciguador entre todos: el Divino Niño Jesús recostado en el pesebre de Belén, en el interior de la gruta que todos nosotros, desde la infancia, nos habituamos a contemplar, reviviendo así el episodio maravilloso del nacimiento del Niño Dios. Después, sucesivamente, somos invitados a la consideración de los Ángeles del Cielo que adoraron a Nuestro Señor cantando himnos de gloria a Dios, del Niño recién nacido, de su Madre celestial María Santísima – Virgen antes, durante y después del parto – y de San José, su padre jurídico.

En una noche estrellada, en aquella ciudad de Judea, todos vieron los cielos iluminados y los Ángeles que entonaban: “Gloria a Dios en el Cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Luc 2, 14) ¡Esta es la promesa hecha a los hombres en la Noche de Navidad!

Debemos esperar que tal promesa se aplique de modo especial a los pobres hombres de este siglo, para el que se dirigen la misericordia del Niño recién nacido y las oraciones de Nuestra Señora, medianera de todas las gracias, y de San José, Patrono de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Así, nos dirigimos a la Madre de Dios y a su castísimo Esposo, pidiendo que presenten al Divino Niño Jesús nuestras oraciones en la noche de Navidad, rogándole, antes que todo, por el bien de la Santa Iglesia Católica, asolada por una terrible crisis en casi todos los países del mundo. Suplicamos también por la Cristiandad -familia gloriosa de naciones que otrora tenían Fe y unánimemente creían en la verdadera Iglesia, constituyendo un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor, esto es, el Santo Padre el Papa- Cristiandad que hoy se encuentra dilacerada por controversias religiosas, filosóficas, políticas, sociales, económicas y culturales de toda índole.

Volvámonos a la Sagrada Familia, presentándole nuestras familias. Ellas sufren también los golpes de todas esas penosas circunstancias. Pensamos de modo especial en los jóvenes expuestos a tantos riesgos de perdición, pero también tan eficazmente solicitados por la gracia de Dios.

Imploramos, pues, a San José y a Nuestra Señora que recen en el sentido de que todo cuanto todavía hay de bueno en el mundo se consolide, se robustezca, y se torne capaz de heroicas resistencias a los gérmenes de descomposición que minan el orbe contemporáneo.

Que la Divina Providencia intervenga haciendo cesar la conjuración, las astucias y los embustes de los que se articulan para terminar de destruir lo que queda de la Civilización Cristiana. Articulaciones que llegarían a destruir la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana si fuese destructible aquella de quien Nuestro Señor dijo a San Pedro: “Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará” (Mat 16, 18).

Es inútil: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia de Cristo. Al contrario, habrá un momento en que ellas se romperán y se harán pedazos. Y la Santa Iglesia continuará, más alta que nunca, su peregrinación por la Historia hasta el día glorioso en que Nuestro Señor Jesucristo bajará con los Ángeles del Cielo y con las almas de los justos para juzgar a los vivos y a los muertos.*

* Extraído, con adaptaciones, del Mensaje navideño de Dr. Plinio de 1990



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*

Un regalo para la Santísima Virgen

Madre mía, ¡es Navidad! Hoy, más que nunca, obtendréis lo que pedáis a vuestro Divino Hijo. Pedidme de regalo a él, Madre mía. Yo sé que no vale la pena, pero si Vos quisierdes, valdrá. Porque si Nuestro Señor me entregase a Vos, Él me llenará de regalos. Aunque yo sea un harapiento despojado de méritos, simplemente por vuestro “sí” seré revestido por el Niño Dios como un príncipe, para así perteneceros para siempre. Por lo tanto, Madre mía, pedidme a Él.

(Compuesta el 25/12/1987)



DOÑA LUCILIA



Archivo Revista

*Una forma de ser
profundamente
contrarrevolucionaria*

En una carta del Dr. Plinio y en otra de Doña Lucilia se nota la seriedad, el respeto y el cariño, atributos de un mundo profundamente contrarrevolucionario, y en cuanto tal, auténticamente católico, donde hay desigualdades armónicas y bien concatenadas. Es lo contrario del mundo revolucionario, en que el individuo se siente como una pieza de un mecanismo, un fragmento anónimo y sin expresión de un mismo ser total que no significa nada, y, por tanto, a decir verdad, muerto dentro de lo que existe.

Cuando nos referimos a las relaciones humanas, ¿cuándo debemos decir “convivencia” y cuándo debemos usar el término “convivio”¹? A mi modo de ver, es una pregunta toda hecha de musicalidad, pues la diferencia está en los matices de la lengua portuguesa, por lo menos de la que se habla en Brasil. No sé bien si en el portugués de Portugal, del cual admiro mucho otros matices, esta existe.

“Convivio” y convivencia

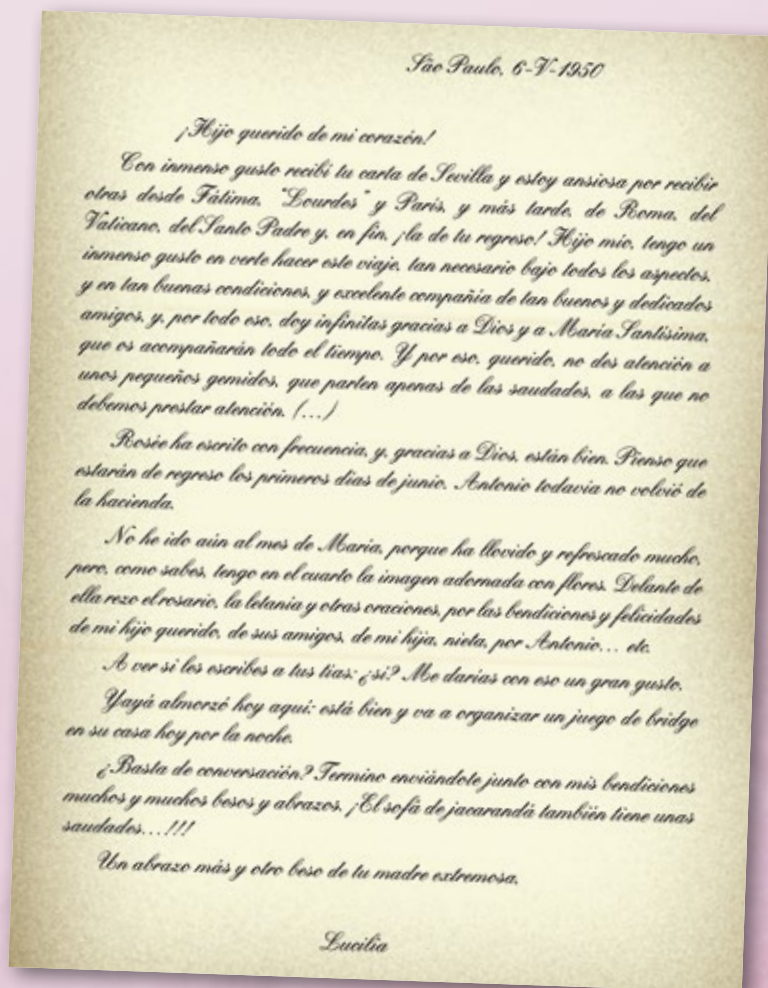
A mi entender, “convivio” es una palabra más noble y más destinada a cosas imponderables, que nos permite hacer sentir la riqueza del significado de una relación.

La convivencia es una forma menos noble, en la cual se quiere hacer sentir el género de interpenetración de almas resultante del mero hecho de que las personas estén juntas durante un tiempo muy largo.

A esa distinción corresponde una noción más profunda, porque realmente hay una forma de intimidad que solo la convivencia da. Aunque sea un estilo inferior de intimidad, tiene su papel en el todo de las relaciones. Sin embargo, estas relaciones lucran más con el “convivio” que con la convivencia.

Mi *convivio* con Doña Lucilia se reflejaba en nuestra correspondencia epistolar. Por ejemplo, al revercientemente dos cartas, me emocioné al constatar la identidad de fechas. En efecto, nunca imaginé que yo estuviese redactando una carta

para mi madre el mismo día en que ella también me estaba escribiendo. Además, tengo mala memoria, e inmediatamente después de haber puesto la carta en el correo me olvidaba del día en que la había redactado. Ni se me ocurrió mirar esa correspondencia antigua, que ni siquiera sabía que Doña Lucilia guardaba.



São Paulo, 6-V-1950

¡Hijo querido de mi corazón!

Con inmenso gusto recibí tu carta de Sevilla y estoy ansiosa por recibir otras desde Fatima, Lourdes y París, y más tarde, de Roma, del Vaticano, del Santo Padre y, en fin, ¡la de tu regreso! Hijo mío, tengo un inmenso gusto en verte hacer este viaje, tan necesario bajo todos los aspectos, y en tan buenas condiciones, y excelente compañía de tan buenos y dedicados amigos, y, por todo eso, doy infinitas gracias a Dios y a María Santísima, que es acompañarán todo el tiempo. Y por eso, querido, no des atención a unos pequeños gemidos, que parten apenas de las saudades, a las que no debemos prestar atención. (...)

Rosie ha escrito con frecuencia, y, gracias a Dios, están bien. Pienso que estarán de regreso los primeros días de junio. Antonio todavía no volvió de la hacienda.

No he ido aún al mes de María, porque ha llovido y refrescado mucho, pero, como sabes, tengo en el cuarto la imagen adornada con flores. Delante de ella rezo el rosario, la letanía y otras oraciones, por las bendiciones y felicidades de mi hijo querido, de sus amigos, de mi hija, nieta, por Antonio... etc.

A ver si los escribes a tus tías: ¿sí? Me darías con eso un gran gusto.

Yayá almorzó hoy aquí: está bien y va a organizar un juego de bridge en su casa hoy por la noche.

¿Basta de conversación? Termine enviándole junto con mis bendiciones muchos y muchos besos y abrazos. ¡El sofá de jacarandá también tiene unas saudades...!!!

Un abrazo más y otro beso de tu madre estremosa.

Lucilia

A propósito, hay inclusive un detalle tocante en ese sentido: algún tiempo antes de que mi madre muriese, noté que ella abría las gavetas de un mueble de su cuarto y rasgaba muchos papeles. No me di cuenta de que ella, previendo su muerte, estaba destruyendo lo que a otros pudiese dar trabajo verificar. No se me pasó por la ca-



beza, porque la salud de ella era tan normal, que nada podía pensarse de la proximidad de su muerte. Años antes ella había tenido una crisis cardíaca, pero ya habían pasado siete años. Después de eso vi al médico – después de haber auscultado su corazón –, dirigirse hacia mí y decirme en voz baja: “No sé qué pasa... Parece el corazón de otra persona. ¡Está joven y bueno!”

Estoy conmovido de ver que ella conservó, no sé si todas, pero por lo menos muchas de las cartas que le escribí.

Diferencia y semejanza de modos de ser

Leyendo de nuevo las dos cartas juntas, como un tercero que las analiza desde afuera, me pareció que tenían una diferencia, y al mismo tiempo una semejanza, prodigiosas de modos de ser individuales.

¿En dónde está la diferencia prodigiosa? En la carta de Doña Lucilia se nota el temperamento femenino, por lo tanto, muy delicado y vuelto hacia las cosas con cuidado, exponiendo acompasadamente y con primor todos los pormenores de lo que ella escribía, pesando bien todas las palabras, a la manera de un mosaico bien arreglado donde cada piedrita fue pulida adecuadamente antes de ser colocada en su lugar con esmero.

En mi misiva se ve una cosa diferente: es un luchador que está viajando para luchar mejor, que escribe a las carreras en medio de una serie de cosas que necesita hacer, que redacta expresando con todo el impulso posible unas dos o tres ideas centrales. El impulso podrá valer alguna cosa, los pormenores nada. Porque las ideas centrales están fuertemente – yo diría categóricamente – afirmadas, y el resto queda insinuado, seguro de que ella sabría peinar los bordes despeinados del tapete que yo le mandaba. Y que, recibiendo de mí esas líneas generales, ella comprendería después cómo era cada cosi-

ta. Y sería una pérdida de tiempo pasar mi mano a la manera de la mano cuidada de ella, sobre los pormenores que mi madre instalaría en su mente mucho mejor de lo que yo mismo podría hacer.

Entonces, mis cartas no son bien cuidadas, con excepción de un punto: de que las ideas centrales estuviesen bien firmes, bien expuestas y, si fuese posible, hasta fulgurantes. El resto se arregla. Mi madre lo arregla... Allá va la carta.

Sin embargo, descontada esa diversidad de modos de expresar – en que entra mi categórico nativo, mi gusto por las hipérbolas, al contrario del gusto de ella por lo comedido –, se nota la semejanza. Y la semejanza está en la enorme valorización dada por cada uno a la relación de afecto con el otro. Y cada una de las dos cartas, a su modo, afirma este afecto de una manera que es, al mismo tiempo, la manifestación de la certeza entera del afecto de la otra parte. El empeño de ambos lados no es comprobar el afecto de la otra parte, sino conseguir manifestar enteramente el afecto que se tiene.

Seriedad, respeto y cariño

A pesar de la diferencia – ella es madre, y yo, hijo –, es un afecto impregnado de mucha seriedad, de mucho respeto y cariño. Entonces, la misma escuela de seriedad, respeto y cariño existente en las dos cartas, está expresada por cada uno a su modo.

Así, la seriedad y el modo pensativo de ser de ella se expresa en la propia lentitud. La lentitud del curso de las cosas es la lentitud de un pensamiento que camina atento a todas las circunstancias y a todos los pormenores, que no tiene prisa de concluir y que va asimilando todo, que percibe, y después expone con la misma lentitud todo cuanto se piensa. Y en la carta todo tiene la secuencia de ese pensar y sentir. Todo se expresa en orden, y se diría que es una *grande dame* que pasa avanzando tranquila y altiva, dejando para atrás la larga cola de sus impresiones.

Esa es la seriedad, la gravedad. Podríamos decir que los otros atributos de la carta van en el mismo sentido. Es decir, el respeto es el mismo. Además, ella está segurísima de todo el respeto – decir respeto es muy poco –, de la veneración entrañada y profunda que yo tengo hacia ella.

Pero al mismo tiempo se nota que por mucho que la madre debe respetar a su hijo, ella me respeta a mí, y que se respeta enormemente a sí misma como madre. No hay, por ejemplo – no estoy criticando, es un modo de sentir las cosas –, ciertas fórmulas que comenzaron a usarse después del tiempo en que ella me formó, como expresiones así – para que el padre o la madre firmasen cartas para los hijos –: “Tu padre y amigo”, o “Tu madre y amiga”. Amigo es tanto menos que padre o que madre, que da la impresión de que en la fórmula “su madre y amiga Fulana de Tal”, el término “amiga” casi que reduce la palabra madre al tamaño de un punto final. Entre mi madre y yo no había nada de esas relaciones medio alegres entre camarada y camarada.

Se ve que Doña Lucilia habla con la gravedad de quien le está hablando a un hijo. Y que ella siempre se habituó a hablar desde arriba, respetándolo y respetándose, y enseñándole así a respetar y también a tomar el gusto de ser respetado.

La carta que le escribí, por más apresurada y hasta improvisada que sea, es densa y casi explosiva de respeto, el cual se nota en todos los pormenores, en todo el afecto, en todos los modos. Pero no es solo respeto, sino también veneración.

En cuanto al cariño, de parte a parte son tan parecidos, que se diría que es un solo cariño procedente de dos polos, de un lado y del otro del Atlántico, que se encuentran. Allí existe la afirmación de una forma de ser, de pensar y de sentir las cosas que vale la pena describir de esa manera. No porque estuviésemos en juego ella y yo, sino porque

París, 6 de mayo de 1950

Luzinha queridísima
Querido Papá

Les escribo una carta desastrosa, porque el teclado [de la máquina de escribir] es diferente del nuestro, especialmente en lo que se refiere a las letras a, m, q. En todo caso, es mejor que nada y puedo ir más deprisa, aprovechando así el tiempo en París.

Les escribí desde España, estuve posteriormente en Portugal, incluso en Fátima, desde donde les escribí postales. En Lisboa, recibí las cartas de ahí. Viajé por todo Portugal en dos días fulminantes, y enseguida fui a París en avión.

Nuestro hotel está a dos pasos del Louvre. Ya he estado en Versalles. He visitado Notre Dame, St. Germain l'Auxerrois, donde fue dada la señal para la masacre de San Bartolomé, etc. Es inútil y absolutamente imposible decir la impresión que todos estos monumentos causan. Debemos ir mañana a St. Cloud y a Fontainebleau.

Me han gustado enormemente las noticias que Papá me dio sobre los negocios.

En cuanto a recibir mi sueldo, es simplísimo: basta ir a la Secretaría de Hacienda el día 13 y pedir que lo paguen. Todas las formalidades están ya cumplidas.

Me gustó inmensamente ver con cuánto sentido común mi Lady Perfection está tomando esta separación. Me estoy muriendo de saudades de nuestras conversaciones. Hay aquí un conjunto de relojes que marcan las diversas horas del mundo entero. Cuando paso por él, pienso siempre en lo que estará haciendo mi Marquesa a esta hora. Y tengo una preocupación no pequeña en lo que se refiere a los horarios de oración.

Estoy absolutamente sin noticias de Rosée y de los suyos. Le mandé un telegrama cuando llegué a Madrid y no he obtenido respuesta. Las cartas de ahí nada me dicen al respecto. Quiero que esta carta sea leída a la gente del 6°. piso y enviada después a Buenos Aires.

Tampoco tengo ninguna noticia de la gente del 6°. piso. ¿Qué hace esa banda de perezosos?

Solo he recibido una carta de Tía Zili, carta muy cariñosa, que respondí hace muchos días. Les he escrito a Tía Yayá, Dora y Telémaco, (...) Antony y a los del 6°. piso. Ninguna respuesta: "Voilà qui est beau".

Pienso que aún me quedaré en París una semana, e iré después a Lourdes y a Roma. Cuando llegue a Roma, mamá puede comenzar a preparar la feijoada.

Mil millones de besos y abrazos para mi Manguinha del corazón. Mil abrazos para Papá. A ambos pido la bendición.

Abrazos también a las tías, Antonio, Dora y Telémaco y a toda la familia.

Para la gente del 6°. piso nada, mientras no me respondan.
Del hijo que muchísimo los quiere,

Plinio



Imaginen, por ejemplo, que una sala enorme, construida de cemento, estuviese organizada de manera que tuviese los elementos necesarios para que en ella viviesen doscientos colibríes revoloteando de un lado a otro, según sus inclinaciones y peculiaridades, atraídos por esta o aquella flor. Comparen uno de esos colibríes con un grano de arena sepultado en medio de la losa, fijo, remachado y haciendo parte de la masa de cemento, sin nunca moverse ni sentir, apenas existiendo. Esa es la diferencia entre un alma masificada en el anonimato igualitario y la que vive de su propia vida, en un "convivio" lleno de seriedad, respeto y cariño, en medio de desigualdades armónicas como el revoloteo de los colibríes, unos de los cuales van hacia arriba, otros hacia abajo, jamás se chocan ni vuelan en el mismo plano. ¡En fin, es otro mundo! ❖

*Extraído de conferencia de
8/3/1980).*

1) Del portugués: convivencia, acción de convivir. En portugués "convivio" es sinónimo de convivencia, buenas relaciones entre convidados, banquete. A diferencia de "convivio" en español, que es la acción o efecto de convidar, de invitar particularmente a un banquete. (N. del T.)

hay ese predicado de ser profundamente contrarrevolucionario y, en cuanto tal, auténticamente católico.

Dos mundos: el de la Revolución y el de la Contra-Revolución

¿Qué tiene eso de profundamente contrarrevolucionario y católico? Si comparamos las máximas revolucionarias con el ambiente que envuelve esas dos cartas y la tradición que está por detrás de ese ambiente – la antigua y milenaria tradición de la Civilización Cristiana – y, por detrás de eso, la Iglesia Católica, maestra y fuente de vida de esa tradición, y, en la Iglesia Católica, Nuestra Se-

ñora y Nuestro Señor Jesucristo, entonces comprenderemos la diferencia completa entre la Revolución y la atmósfera de esas dos cartas. Son dos mundos.

Se podría preguntar: Delante de esos dos mundos, ¿en cuál de ellos se siente bien encajada una persona? A mi modo de ver, alguien solo se siente verdaderamente hombre en el mundo de las desigualdades armónicas y bien concatenadas. En el otro, el individuo se siente como la pieza de un mecanismo, tan solamente una molécula de un mismo vaso de agua, fragmento anónimo y sin expresión de un mismo ser total que no significa nada y, por lo tanto, a decir verdad, muerto dentro de lo que existe.



Devoción mariana contrarrevolucionaria

La devoción mariana también debe caracterizarse por un espíritu combativo, como lo demuestra una escultura medieval representando a Nuestra Señora, espada en mano, atacando al demonio. La piedad dulcificada y sin lucha surgió en el Renacimiento, haciendo que los contrarrevolucionarios quedaran débiles.



Inmaculada Concepción,
por Bartolomé Esteban Murillo
Museo del Prado, Madrid, España

El análisis de la Inmaculada Concepción de María corresponde al tema del choque entre la Revolución y la Contra-Revolución en lo más profundo de la cuestión.

Frente a la Revolución, es necesario oponerse total y vigorosamente

El hecho que haya tanta gente perezosamente contrarrevolucionaria se debe justamente al hecho que para ser contrarrevolucionario se necesita hacer un esfuerzo. El hombre por su propia naturaleza puede tener algunas tendencias contrarrevolucionarias. Sin embargo, por otro lado, posee varias tendencias revolucionarias, y por esto se ve obligado a desplegar una acción muy categórica en sí misma, profunda. Una acción en la cual, no sólo se abstenga de todas las acciones revolucionarias, sino también de todos los pensamientos re-

volucionarios, así como de cualquier forma de simpatía o menor rechazo de las cosas revolucionarias.

Así, detestar cualquier cosa revolucionaria – un monumento, por ejemplo – menos de lo que exige la carga de Revolución existente, sería un factor para que enflaquezca la actitud contrarrevolucionaria del alma y no tenga todo el vigor debido.

Frente al mal y por tanto de la Revolución que se expresa, se simboliza por medio de un objeto o se manifiesta en un individuo, escuela literaria, de pintura, etc., se debe conocer todo el mal que hay ahí y detestarlo tanto cuanto debe ser detestado. Si una persona toma frente a ese mal una actitud perezosa, indolente, que proporcione un rechazo menor de lo que se merece, en aquello en que el mal no fue detestado la persona acaba gustando de alguna cosa revolucionaria.

Esa píldora de Revolución que el alma así engulle es suficiente para debilitar en ella todas las energías contrarrevolucionarias, haciendo que el individuo realice un esfuerzo para ser contrarrevolucionario, que él imagine colosal, pero sin lograr serlo, pues no se esforzó para combatir las malas

tendencias, revolucionarias, que hay en él. Por tanto, ese combate es inútil mientras la persona no combata todo, no elimine todo, porque un poquito que quede, crea una presión revolucionaria colosal para él. Es obligado a ejercer un esfuerzo enorme para no capitular, pero siempre volviendo a la misma lucha. El individuo tiene una actitud contrarrevolucionaria, pero no es enteramente contrarrevolucionario. En la primera ocasión, va a estimar una cosa revolucionaria o a detestarla menos de lo que merece, porque en otro punto fue débil con la Revolución.

Es decir, o con relación a la Revolución hay una oposición total, tan vigorosa como cada cuestión merece, o el individuo se reblandece.

Análisis de un busto de María Antonieta

Esto se da entre el bien y el mal en general, por ejemplo con la pureza. Yo he visto personas que luchan seriamente para mantener la castidad. A veces combaten de tal modo que quedamos admirados al ver cómo ellas mantienen la pureza. Pero tienen una lucha que no es tan seria porque, en muchos casos – no quiero decir que sea siempre así –, la persona en algún punto guarda una cierta complacencia con la impureza. Y esto hace que en otros puntos, conserve hacia la impureza una flaqueza que no debería tener. Entonces ella mantiene una tendencia al pecado que no se explica a primera vista, porque consigue con un esfuerzo enorme no cometer una acción pecaminosa; pero viendo que, en el fondo, ese esfuerzo es grande, por causa de una connivencia, una complacencia en que ella consintió y que determina todo el resto.

Recientemente vi la fotografía de una porcelana, hecha por la famosa fábrica de Sèvres, representando un busto de María Antonieta con toda la grandeza que ella tiene, pero con

una frialdad extraordinaria y con una especie de desdén, lo que termina apartando a las personas que no se sienten enteramente a la altura de estar en la presencia de una Reina de Francia como ella.

María Antonieta probablemente tuvo actitudes de alma que lamentablemente correspondían a esto, pero no solo era esto, ni principalmente esto. Su encanto y gracia fueron aclamados y festejados por toda Europa. Y quien habla de *encanto* y de gracia, habla evidentemente de afabilidad, de gentileza, de mansedumbre, una presencia que tiene *encanto* es agradable. Y hay algo poco agradable en la presencia de ese busto de María Antonieta, porque es de una rigidez que permite que su majestad aparezca completamente, pero sin nada de lo que es el complemento armónico de la majestad regia, lo que fue cantado en prosa y en verso por la nación francesa, en todas las formas posibles, antes de comenzar las difamaciones revolucionarias contra ella.

Resultado, la persona ante un busto de esos, lo mira y dice:

“¿Está viendo? Es evidente que ella fue así. Esos revolucionarios, desdichados, tenían cierta razón en hacer lo que hicieron o haber sido como fueron. No debemos juzgarlos con tanto rigor.”

Esta conclusión es injusta e infundada y nos quiere hacer creer que el crimen cometido por la Revolución contra María Antonieta tuvo algunos lados de un acto de justicia y que por esa razón la condujeron a una situación extrema. No debemos tener ni un poco de lástima por esos agitadores gritones y facinerosos.

Reina que fue muerta debido a las cualidades que poseía

Un amigo me regaló una fotografía de ese busto. Al considerar que se trataba de un busto que, desde el pun-



**Busto de María Antonieta
hecho en Sèvres, Francia**

Saiko (CC3.0)

to de vista artístico es muy apreciable, una persona podría conservarla como el marcador de un libro, por ejemplo. Una que otra vez, al leer el libro, mirando la fotografía, la impresión descrita antes se radica en la persona. Cuando esa persona tenga la necesidad de dar un curso de Historia, eso va a pesar de un modo revolucionario en el curso.

Esto, porque la persona fue negligente al considerar ese busto, no tuvo en consideración la unilateralidad al presentar un solo aspecto de María Antonieta, que su figura no puede ser juzgada apenas por ese lado, pues ella tuvo muchos otros aspectos relevantes. Y, sobre todo, es innegable que no fue por eso por lo que la Revolución la mató, sino por sus cualidades, por lo que había de bueno en ella. Porque la Revolución nunca combate el mal y jamás ejecuta un acto de justicia contra el mal. Cuando apunta un mal en alguien y finge combatir ese mal es porque, en



el fondo, está combatiendo un bien que existe en aquella persona. Porque la Revolución es un movimiento satánico, y satanás no es capaz de otro procedimiento.

Por lo tanto, *a priori*, sabiendo lo que fue la Revolución, debemos juzgar la acción revolucionaria con la seguridad de que, aunque en aquellos en que la Revolución hizo violencia había cosas condenables, esa no fue la razón de la condena; y ni siquiera fue una condena. Esas personas fueron perseguidas por sus lados buenos. Sin considerar este aspecto es ver la Revolución como ella no es.

Donde falta la lucha hay un engaño, un fraude

Ahora, esto exige una firmeza, una voluntad recta, una disposición de combatir, una oposición contrarrevolucionaria completa que la mayor parte de las almas tiene pereza de adquirir. Y por esto esas almas se dejan abatir.

Es por esto también que, por ejemplo, celebrando fiestas como la Inmaculada Concepción, no tenemos en cuenta cosas que sabemos cómo son teológicamente, o por lo menos pueden ser vistas bajo un cierto aspecto, y que así deben ser examinadas.

La imagen de la Inmaculada Concepción que con más frecuencia se difunde es la de Murillo. Ese cuadro representa a Nuestra Señora de pie sobre nubes, en un gesto de completo encanto hacia Dios, con las manos juntas y pensando sólo en Dios. Como una Reina presente en su reino y, por tanto, completamente distendida, despreocupada, en un terreno que domina enteramente, sintiéndose objeto de todo el amor y complacencia de Dios, de tal manera que el amor que tiene el Creador a todas las criaturas no se compara con el amor que Dios tiene hacia Ella, ni de lejos.

La persona mira ese cuadro y dice: “¡Qué admirable!”

El contrarrevolucionario completo afirma: “Es un cuadro en donde el combate no está presente, por tanto, en realidad le falta alguna cosa. Y al interpretar la Inmaculada Concepción alguna cosa falta. Todo lo que el cuadro quiere representar, Nuestra Señora tiene, está presente. Pero falta ese algo para lo que no podemos cerrar los ojos: la lucha.”

Cuando falta la lucha, el contrarrevolucionario siente que hay un engaño, un fraude, que la verdad entera no está ahí.

¿Qué nos dice a ese respecto Cornelio a Lápide?

Por lo que yo recuerdo, él no expone una doctrina como segura, sino que la presenta como aceptada por muchos teólogos eminentes, cuyos nombres y obras cita, diciendo lo siguiente: los que están en el infierno tienen un conocimiento sin delicias, sin alegría, sin amor; al contrario, amargados, con un desagrado profundo por lo que ocurre en el Cielo. Ellos ven, o mejor, saben, que Nuestra Señora está ante la presencia del Altísimo, inundada de felicidad, etc., y el odio aumenta en ellos. Y desde lo más profundo del infierno blasfeman contra Ella. En oposición a esas blasfemias María Santísima ejerce en ellos un acto de justicia, mandando que otros bienaventurados les respondan. Y se traba una especie de polémica, de lucha, no al estilo de la batalla que hubo en el cielo cuando satanás fue expulsado por San Miguel Arcángel, sino una controversia en que los bienaventurados la aclaman mucho más por causa de las blasfemias que los condenados profieren, y una atmósfera de combate se hace notoria en el Cielo, en la que Nuestra Señora es la vencedora que aplasta con su calcañar la cabeza de la serpiente.

Así el cuadro de la Inmaculada estaría completo.

Guerra atormentadora contra el maligno

Alguien podría decir: “¡No, Dr. Plinio, despacio! El cuadro de Murillo muestra a Nuestra Señora aplastando la cabeza de la serpiente.”

No lo recuerdo, pero es fácilmente posible. Sin embargo, Murillo la pinta tan absorta con Dios que ni tiene en cuenta los insultos del demonio. Aquella es la última chusma hacia la que Ella no presta atención y, por tanto, es muy teológico que la presente haciendo caso omiso al demonio. Pero si Ella tiene su gloria cuando el demonio es escarnecido, que recibe justicia con el vilipendio descargado sobre él, es justo también que Ella tenga consciencia de esto. Y que sabiendo que Dios es insultado por ese acto del demonio, María Santísima haga un acto de reparación y de adoración. Un acto de adoración pleno como sólo Ella es capaz de hacer y tiene los recursos para realizarlo; pero un acto en el que estén presentes en Ella el conocimiento de la situación belicosa y su participación en esa guerra atormentadora con el demonio.

Supongamos que un católico pone un cuadro de esos en su casa, en el retablo de la capilla de su oratorio particular. Al rezar, debe tener la noción de esa atmósfera de lucha, en que todos los condenados, todos los demonios en el infierno aúllan contra Nuestra Señora. Pero también debe tener la noción de que, al menos en ciertas ocasiones, los humilla y los aplasta mayestática y gloriosamente; me atrevo a decir, como un Carlomagno, aunque la comparación es impropia, no es buena, pues Ella es mucho más grande que cualquier otra criatura.

El católico debe tener esto bien presente por lo menos en algunas ocasiones, y necesita sentir que falta alguna cosa cuando, en su devoción mariana, esto nunca se le pasa por la cabeza.



Gabriel K

Escultura que adorna una de las fachadas de la Catedral de Notre-Dame de París

La Santísima Virgen, usando una espada, lucha contra el demonio

Nunca me lo enseñaron, y yo sentía que, en mi devoción a Nuestra Señora faltaba alguna cosa, que buscaba y no comprendía qué era. Hasta que mis ojos cayeron sobre ese texto de Cornélio a Lápide.

Yo sentía que tenía un recoveco en el alma que estaba vacío de algo necesario para la devoción a la Santísima Virgen, y exulté porque me sentí lleno de Nuestra Señora. Y considero que la devoción contrarrevolucionaria a Ella comporta este aspecto de un modo relevante.

No quiero decir que una imagen o un cuadro, que no se refiera a esto, sea censurable. Afirmo otra cosa: es censurable que casi nunca lo representen.

Hay una escultura medieval, representando una leyenda, en que Nuestra Señora está defendiendo, espada en mano, un alma que el demonio quiere robar. Es, por tanto, la Santísima Virgen en lucha contra el demonio, pero usando una espada.

El efecto del Renacimiento fue el de pasar un paño mojado sobre todas esas realidades. De ahí que haya esa forma de piedad dulcificada y sin lucha, haciendo que la Contra-Revolución no tenga luchadores. Los contendores están del lado de allá y son

feroces; del lado de acá encuentran el agua azucarada que conocemos.

Pero vuelvo a decir, no es que cuando una representación de Nuestra Señora no tenga eso, sea agua azucarada, eso no es verdad. Pero la verdad es que en el conjunto de modelos sobre Nuestra Señora se debe tener esto presente, so pena que no seamos verdaderamente contrarrevolucionarios. Tengo seguridad que nuestro espíritu contrarrevolucionario brillará especialmente si tenemos cuidado en tener siempre presente que Nuestra Señora es así. ❖

*(Extraído de conferencia de
6/12/1992)*



La Iglesia Católica viviendo en el alma de los pueblos

Raimond Spekking (CC3.0)



Adoración de los Reyes Magos – Catedral de Colonia, Alemania

Como el sol cuando atraviesa vidrios de colores variados, así es la acción de la Iglesia en el alma de los pueblos produciendo acordes diferentes para cantar la Navidad. A través de los cánticos navideños de cada nación comprendemos cómo la Iglesia católica es riquísima, inagotable en frutos de santidad y de perfección. ¿No tendrá, ella misma, su propia canción de Navidad?

Vamos a hacer el comentario de algunas músicas navideñas de diferentes naciones y considerar en ellas el modo en que cada pueblo canta la Navidad.

El pueblo de la bravura y de la proeza, pero dotado de delicadeza de alma

Comencemos por los alemanes, conocidos en el mundo entero principalmente como siendo un pueblo filosófico y militar. En cuanto militar, el pueblo de la bravura, de la proeza y, en cierto sentido, de la Caballería, de las Cruzadas. Sin embargo, dotados de tal delicadeza de alma para la canción de Navidad, que compusieron el cántico navideño universal: el *Stille Nacht*, en el cual ellos imaginaron e interpretaron el sentimiento de ternura que debería despertar en quienquiera que viese en el pesebre un Niño débil, con todas las debilidades físicas de la infancia, llorando, con frío, pero siendo el propio Dios. Destinado, sin embargo,

ia sufrir tanto! Cuando abre sus brazos a las personas, ya forma una cruz que hace pensar en el dolor insondable por el cual Él va a pasar, e invita a considerar todo el amor que lo llevó a padecer eso por nosotros, para nuestro bien y nuestra salvación, sin otra finalidad a no ser ésta.

Todo eso despierta la ternura en el más alto grado. Y en una paradoja, porque se trata de la ternura hacia quien es infinitamente más que nosotros. Es un sentimiento paradójico, no obstante no contradictorio. Debe ser, pues, una compasión altamente delicada, fruto de un elevado criterio de sentimiento para tornarse digna de ser presentada a Aquel que, de hecho, merece esa compasión, pero que es Dios. La compasión humana para lo que hay de más delicado, entretanto al mismo tiempo admirativa y suplicante, por la cual quien tiene pena hace un pedido a Aquél de quien po-



Rothenburg, Alemania

see conmiseración, es otra paradoja de una gran belleza.

En cualquier canción navideña alemana encontramos esos sentimientos ligados magníficamente y formando el espíritu de la Navidad alemana, la cual gana en ser considerada no sólo como la Navidad ocurrida en Tierra Santa en el día en que Nuestro Señor nació, sino la Navidad como el alemán la festeja. Es decir, imaginar la iglesia de la pequeña parroquia toda cubierta de nieve, con el reloj iluminado por dentro, indicando las doce menos diez; los aldeanos caminando con sus suecos, porque la nieve está llenando el camino y aún cae en copos; la iglesia bien calentita dentro, todo el mundo entra deprisa para poder retirar sus capas y sentirse más a gusto. A lo lejos están las casitas de la aldea, y se ve el humo que sube de las chimeneas...Es la conmemoración de la Navidad que ya está preparada,

la chimenea encendida, las suculentas, deliciosas y substanciosas golosinas de la culinaria alemana que ya están en el horno para la fiesta de Navidad que se sigue a la solemnidad litúrgica.

Todo eso constituye, dentro de la inocencia de la nieve, un solo cuadro que completa los sentimientos de la canción navideña alemana.

La inflexión de voz comenta el sentido de la palabra cantada

En el *Stille Nacht* hay una mezcla de sumisión de espíritu, reverencia y compasión de un lado y, de otro, un gran pensamiento. A lo largo del cántico se nota esta alternativa: cuando la melodía baja es la ternura vigilante posando sobre la cuna; que nada toque al Niño, que nada lo moleste. El Niño está lloran-



do, mas la Madre lo consuela... Entonces, aquel desvelo... Pero después, en cierto momento, la melodía se eleva y trae la idea de que es Dios quien está allí.

Schlafe in himmlischer Ruh quiere decir “duerma en celestial tranquilidad”. El pensamiento entonces es: el Niño está durmiendo, pero la tranquilidad con que Él duerme es celeste, pues ese Niño no es de la Tierra sino del Cielo. De ahí el énfasis dado, por la melodía, a la palabra *himmlischer*, que significa “celeste”. Así, es característico de esa canción que la propia inflexión de la voz haga un comentario del sentido de la palabra cantada. Aquí hay un concepto de música que, a mi ver, sólo es superado por el gregoriano.

El Niño transforma los espíritus en rosas perfumadas

Maria durch ein Dornwald ging, der hat in Sieben Jahr kein Laub getragen.

Was trug Maria unter ihrem Herzen? Ein kleines Kindlein ohne Schmerzen

Da haben die Dornen Rosen getragen, als das Kindlein durch den Wald getragen.¹

El presupuesto de esa otra música es Nuestra Señora con el Niño Jesús. La Virgen Santísima extremadamente joven y trayendo consigo al Niño. Evoca una idea de juventud, de delicadeza, de virginal fragilidad y de virginal fuerza. Ella anda con el Niño, pero se ve que está sola, porque la canción no se refiere a nadie más y trae bien protegido sobre su corazón al Niño, en un bosque que hace siete años que no produce sino espinas.

Entonces, hay una especie de contraste: ¿Cómo aquella flor de delicadeza que es María Santísima, con aquel Niño, el tesoro del Universo, pueden estar sujetos a una trayectoria a través de tantas espinas? ¡Qué cosa horrorosa! ¿Y si sucediere algo

al Niño del cual una gota de Sangre, por sí sola, vale más que todo el Cielo y toda la Tierra?

Este Niño Ella lo trae bien junto a su Corazón y lo protege. Prevalece la idea de Nuestra Señora cuidando de su Divino Hijo y como que atemorizada por las espinas que lo cercan. Estas forman parte de la naturaleza hostil, maldita, de aquel lugar que hace siete años no produce nada. El Niño que en su seno virginal reposa y parece estar fuera del uso de razón es el Hombre-Dios. De manera que sabe todo, puede todo, da la solución para todo. Entonces, el peligro para Él, representado por las espinas, lo agreste y hostil de cuanto lo envuelve, Él lo resuelve: por su poder transforma las espinas en rosas que, con su perfume, agradan a su Madre. Así, Nuestra Señora va atravesando el bosque y, viendo a las espinas transformarse en rosas perfumadas inclinadas hacia Ella, comprende: fue una amabilidad de su Hijo. Él está dormido. Sin embargo, ¿gobierna la naturaleza!

Todas esas ideas se encuentran en esa canción. El comienzo es un poco jovial; después viene la ternura y el respeto. Todo tratado con un tono de voz que es un poco el de una perso-

na que cuenta una historia – esto es una leyenda, no sucedió – para que un niño oiga. Por donde la ternura es un poco para el Niño Jesús y un poco para el niño que está oyendo, a quien se cuenta una cosa delicada y queda contento. Eso explica los matices y medios tonos de la canción.

Sin embargo, recuerden que es el pueblo de los grandes ejércitos, de las grandes invasiones, de las grandes batallas, del cual, en su fase imperial última, formaban parte los coraceros con sus cascos coronados por águilas. Es este pueblo que en la hora de la ternura sabe cantar así. Esto desbarrata una especie de prejuicio pacifista y sentimental según el cual quien gue-



Gabriel K.



Huesca, España

rea no tiene sentimiento y, tal vez peor todavía, quien posee sentimiento no debe combatir. No es verdad. El equilibrio magnífico de esas cosas se encuentra en el alma alemana cuando es rectamente católica.

El español se ofrece a sí mismo y su alegría en acción de gracias a Dios

Consideremos ahora la canción navideña popular española.

Para que entendamos bien este estilo de música debemos considerar que, así como el pueblo alemán, también el español es hecho para el heroísmo. Sin embargo, son tipos de heroísmo muy diferentes.

El alemán es hecho para avanzar en conjuntos de gran cantidad. El español es individualista hasta el último punto y concibe el coraje como lance individual. El se lanza a la pelea solo, va batallando, se entrelaza, mata o muere, pero se arriesga entero.

Entre las muchas cosas buenas concedidas por Dios a los españoles está una naturaleza pobre completada por un panorama montañoso, del cual se tiene la impresión de que un gigante cualquiera, un quiebra montes, estuvo pasando por ahí, quebrando las montañas a puñetazos y puntapiés mientras danzaba y cantaba una jota o una saeta; un paisaje trágico, bajo un sol que calcina, quema todo aquello.

Pero ellos tienen una riqueza de vida y una superabundancia de coraje de vivir, que les confiere una cualidad que deja a los otros pueblos boquiabiertos: son alegres en la pobreza. Resueltos a vivir sin tener necesidad de cantidad de ropas, dulces, comodidades, u otros tantos “tóxicos” para encontrar la vida agradable. Ellos allá van, cantando de banderilla en mano, ¡por encima del toro!

Todo lo que torna la vida bastante agradable para muchos pueblos, el español no tiene. Pero el posee una cosa que pocos encuentran en la opulencia: la alegría de vivir, de sentir su propia vida, de mirar al Cielo y pensar en Dios.

En canciones alemanas como el *Stille Nacht* hay una mezcla de alegría y de tristeza: el Niño nació, alegría; pero El nació para ser víctima; tristeza.

Ya la canción navideña española manifiesta más la alegría del español a propósito de la Navidad, que el hecho de cantar al Niño Jesús. Pero ofrece a Él su alegría de ser español, como quien dice: “Señor, ¡Vos me dejáis muy alegre y lleno del coraje que Vos me disteis! ¡Homenaje a Vos, Señor!”

Nadie osaría afirmar no ser un modo muy digno de cantar la Navidad. Porque el español se ofrece a sí mismo y su alegría en acción de gracias a Dios. Es la acción de gracias más preciosa. Y es así como debemos interpretar muchos de los cánticos navideños españoles.



Crispin, Alfred Trevor. (CC3.0)



Anunciación (acervo particular)

Y él ofrece al Niño Jesús su anglicidad, y su modo de ser y sus problemas. Es un pueblo de gentilhombres. Por eso, hay una canción que se dirige al *gentleman* exhortándolo a no estar triste ni disgustado porque el Niño Jesús lo ayuda.

En el inicio, esa canción tiene un tono delicado y ligeramente infantil, casi como si fuese un niño hablando a otro. Toda la inocencia infantil está puesta allí. Después aparece el hombre, y viene el *gentleman* con sus problemas, inclusive el pecado.

El *gentleman* lucha contra el pecado, y a veces es derrotado. Pero viene ya la promesa de misericordia: “Si Ud. cae, no desanime: el Niño lo saca de las garras de satanáas.”

Hace recordar las espinas que se transforman en rosas, a la mirada de Nuestra Señora. Es un comentario de la canción inglesa de Navidad.

El cántico de la Iglesia

Así comprendemos cómo la Iglesia Católica, viviendo en el alma de pueblos diversos, produce acordes diferentes. Porque ella es riquísima, inagotable en frutos de santidad y de perfección. Es como el sol cuando atraviesa vidrios de colores variados: al pasar por un rojo, enciende un rubí; al transponer un pedazo verde, hace fulgurar una esmeralda. En el fondo, es el Sol. Durante la noche aquel vitral no quiere decir nada.

El genio de la Iglesia pasando por el alemán hace esto, por el español realizó aquello, y así en adelante. En el fondo, es la Iglesia. Es la Divina Providencia quien hace esas maravillas. Y debemos saber gustar de eso, quedar alegres y alabar a Dios.

Ahora bien, ¿la Iglesia no tendrá, ella misma, su propia canción de Navidad? ¿será que nuestras patrias terrenas son capaces de modelarnos de manera a hacer nacer tan bellas músicas navideñas, y no hay un cántico de Navidad modelado por la Pa-

El inglés gusta de la proporcionalidad

Tratemos ahora de un aspecto de la canción navideña inglesa.

El inglés y el español son dos pueblos muy diferentes, pero hay una analogía en el modo de cantar y presentar la música de Navidad. El español, aunque pronto para la muerte y habiendo hecho un pacto con ella, es, sin embargo, optimista. Mientras no muere, cree que va a vencer y se alegra de eso. Si viene la muerte, ¡él se mete dentro de ella de banderilla en mano! Llegó la hora de la muerte, ¡allá vamos! No tiene miedo.

El inglés canta también la alegría de vivir a su manera. Sin embargo, su estilo no es saltarín y no procura expresarse a través de superlativos como el español, sino que se expresa por medio de una canción cuya principal preocupación es ser equilibrada. En cuanto el español exclama y va al extremo, el inglés mantiene la proporción, casi como quien dice: “El tema es extremo, pero yo no salgo de la proporción debida, porque gusto de la cosa en las proporciones adecuadas. Y hago de la proporcionalidad mi encanto predilecto.”

tria de nuestras almas, que es la Iglesia? Es una pregunta válida.

Encontramos la respuesta al oír un canto gregoriano de Navidad como, por ejemplo, el *Puer natus*.

El interior del alma del varón católico debe ser sereno, illo de significado y elevado como el interior de una Iglesia” ¡Su vitalidad es inagotable! porque sobrenatural, y resulta de una paz profunda, de una voluntad indomable de héroe y, al mismo tiempo, vuelta completamente a las cosas del Cielo.

En las otras canciones son las almas católicas de cada nación que cantan, en las cuales está presente la Iglesia. En el cántico de la Iglesia, es ella misma quien canta. Aquí el sol no pasa por ningún vitral, es directo. El vitral es muy bonito, ipero el sol es el sol!

Eso es hecho para ser cantado por todos los pueblos. Es el alma de la Iglesia universal en todas las latitudes, en todos los lugares, siempre serena, con una alegría que sube directamente al cielo, un recogimiento que excluye todas las cosas de la Tierra y, sin agitación ni jolgorio, va diciendo con toda naturalidad lo que tiene que decir.

Serenidad y dignidad del gregoriano

Vean la salutación angélica narrada en el Evangelio: ¡Una escena sublime! Un ángel que baja hasta una Virgen y le comunica que ella va a ser Madre de Dios, y que concebirá del Divino Espíritu Santo. ¿Cómo es esto anunciado? El angel entró donde Ella estaba y dijo: “¡Ave, llena de gracia!” Y transmite el mensaje. No tiene literatura, no tiene adorno, no tiene florido ni nada.

El Evangelio cuenta que ella quedó perturbada y pensaba cuál era el significado de esa salutación. Ha-

biendo recibido la explicación, Ella da la respuesta más simple del mundo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra.”

Imaginen un autor lírico poniendo eso en una pieza de teatro. La actriz se levantaría, danzaría la danza de la alegría, después iría a adornarse y perfumarse para responder al ángel... Aquí no, *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*. Serena, tranquila, imas diciendo todo admirablemente!

Nuestro Señor en la Pasión. Situación trágica. El, en previsión de lo que va a suceder, comienza a temblar y a llorar. Y dice: “Padre mío, si fuere posible aparta de Mí este cáliz”. La frase más simple que puede haber. “Si no fuere posible, hágase vuestra voluntad y no la mía.”

¿Respuesta? Baja del cielo un ángel y le trae un cáliz con una bebida que le da aquella fuerza que lo lleva hasta lo alto del Calvario. Todo simple, sereno, pero con significado, con sabor. Es lo que yo dije del interior de una iglesia. ¡Cada palabra de esas tiene en su interior una catedral!

En función de eso comprendemos la serenidad, la tranquilidad de esa música, su dignidad y su carácter profundamente religioso. Es la voz de la Iglesia cantando bajo el soplo del Espíritu Santo, el don que Dios hizo a la Santísima virgen.

Es lo que torna, a mi ver, al canto gregoriano superior a toda otra forma de música. No tiene comparación. ❖

(Extraído de conferencia de 3/1/1989)

- 1) Cántico para el Tiempo de Adviento: María caminaba por un rosal que por siete años no florecía/¿Qué lleva María bajo su corazón? Una pequeña criatura, sin dolores / Entonces, de las espinas brotaron rosas, cuando el Niño pasaba por el bosque.





SANTORAL



Beato Carlos Steeb

Marek Wojciechowski, Mewaz787 (CC3.0)

1. Beato Casimiro Sykulski, presbítero y mártir († 1941). Sacerdote polaco fusilado en el campo de exterminio de Auschwitz por proclamar con firmeza su fe.

2. Beata María Ángela Astoch, abadesa († 1665). Religiosa clarisa de Murcia, España. Fue consejera, tanto de religiosos como de laicos.

3. San Francisco Javier, presbítero († 1552). Jesuita, compañero de San Ignacio y evangelizador de la India y de diversas islas de Asia, incluido Japón. Murió en la Isla de San Xon, China, consumido por la enfermedad y los trabajos.

4. San Juan Damasceno, presbítero y Doctor de la Iglesia († c 749).

San Juan Calabria, presbítero († 1954). Fundador de las Congregaciones de los Pobres Siervos y de las Pobres Siervas de la Divina Providencia, en Verona, Italia.

5. Beato Bartolomé Fantí, presbítero († 1945). Religioso carmelita de Mantua, Italia, que infundió en los corazones de los fieles el amor a Dios y la devoción a María.

6. II Domingo de Adviento.

San Nicolás, obispo († S. IV).

San Obicio, penitente († 1204). Después de tener una visión del infierno que lo convenció de la vanidad del mundo, abandonó la carrera militar y se tornó oblato benedictino en el monasterio de Santa Julia, en Brescia, Italia

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia († 397).

San Atenodoro, mártir (†c 304). Torturado con fuego y otros suplicios, en el tiempo de Diocleciano, en Siria.

8. Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Ver página 10.

Santa Narcisca de Jesús Martillo Morán, virgen († 1869). Joven costurera ecuatoriana que, después de una vida de intensa oración y penitencia, fue admitida en la vida comunitaria en el convento del Patrocinio, en Lima, Perú.

9. Beato María de Jesús Silvestrelli, presbítero († 1911). Superior general de los Pasionistas, fallecido en Moricone, Italia. Se empeñó en el crecimiento y expansión de su Congregación.

10. San Lucas de Isola, obispo († 1114). Se dedicó infatigablemente a los pobres de su diócesis de Isola di Capozzuto, Italia, y a la formación de los monjes. Murió en el monasterio de san Nicolás de Vitorito, en Calabria.

11. San Dámaso I, Papa († 384).

Santa María Maravillas de Jesús, virgen († 1974). Religiosa carmelita, hija del Marqués de Pidal, embajador de España ante la Santa Sede. Fundó varios monasterios en España y en la India.

12. Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América Latina.

Beato Pío Bartosik, presbítero y mártir († 1941). Sacerdote franciscano fallecido en el campo de concentración de Auschwitz, Polonia, después de pasar por varios tormentos.

13. III Domingo de Adviento, Gaudete.

Santa Lucía, virgen y mártir († c 304/305).

San Judoc, presbítero (†c. 669). Hijo del rey de Armórica, (actual Bretaña Francesa), abandonó su patria y sus bienes para ser ordenado sacerdote. Posteriormente se tornó ermitaño.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y Doctor de la Iglesia († 1591). Sacerdote carmelita que, aconsejado por Santa Teresa, emprendió la reforma de la Obra. Falleció en Úbeda, España.

15. Beato Carlos Steeb, presbítero († 1856). Nacido en Tubinga, Alemania, fue ordenado sacerdote en Verona, Italia, donde fundó el Instituto de las Hermanas de la Misericordia.



Dnatar 01 (CC3.0)

* DICIEMBRE *

16. Santa Adelaida, emperatriz (†999).

17. Santa Vivina, abadesa († 1170). Primera abadesa del monasterio de Grand-Bigard, Bélgica, bajo la dirección del abad de Affligem.

San Juan de Mata, presbítero (†1213). *Ver página 22.*

18. Beata Nemesia Valle, virgen († 1916). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Caridad, nombrada maestra de novicias de la Casa Provincial, en Borgaro, Italia.

19. San Francisco Javier Ha Trong Mau y compañeros, mártires († 1838). Terciario dominico y catequista estrangulado junto con sus compañeros, en Bac Nin, Vietnam, por negarse a pisar una cruz.

20. IV Domingo de Adviento.

San Ceferino, Papa († 217/218). Gobernó la Iglesia por dieciocho años y tuvo como auxiliar al diácono San Calixto. Su pontificado fue marcado por la lucha contra las herejías con respecto a la Santísima Trinidad.

San Filogonio, obispo († 324) *Ver página 2.*

21. San Pedro Canisio, presbítero y Doctor de la Iglesia († 1597). Sacerdote jesuita enviado a Alemania, se dedicó a defender la Fe Católica y a confirmarla con la predicación y escritos, hasta su muerte, en Friburgo, Suiza.

22. Santa Francisca Javier Cabrini, virgen († 1917). Fundadora del Instituto de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús en Codogno, Italia. Viajó a Nueva York, Estados Unidos, donde se dedicó especialmente a socorrer a los inmigrantes necesitados.

23. San Juan Cancio, presbítero († 1473).



Santa María Maravillas de Jesús

San Torlaco de Skálholt, obispo († 1193). Recibió la ordenación sacerdotal a los 19 años. Fue nombrado obispo de Skálholt, Islandia, y se dedicó a la renovación moral del clero y del pueblo.

24. Santa Paula Elizabeth Cerioli, viuda († 1865). Después de la muerte de su marido e hijos, fundó el Instituto de las Hermanas y los Hermanos de la Sagrada Familia, en Virgilio, Italia.

25. Natividad de Nuestro Señor Jesús Cristo.

26. San Esteban, diácono y proto-mártir († S.I.).

Beatas Inés Phila, Lucía Khambang y compañeras, mártires († 1940). Por rehusarse a negar la Fe Católica, fueron fusiladas en el cementerio de Song-Khon, Tailandia.

27. Fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José.

San Juan, Apóstol y Evangelista († S. I.).

Santa Fabiola, viuda († 400). De familia noble romana, aplicó sus riquezas en favor de los pobres, fundó un Hospital y se dedicó a una vida de oraciones y penitencia.

28. Santos Inocentes, mártires.

San Gaspar del Búfalo, presbítero († 1837). Fue exiliado de Roma por rehusar el juramento de fidelidad al régimen de Napoleón. Fundó las Congregaciones de Misioneros y de Hermanas de la Preciosísima Sangre de Cristo.

29. Santo Tomás Becket, obispo y mártir († 1170).

30. San Perpetuo de Tours, obispo († 491). Edificó la Basílica de San Martín, en Tours, Francia, repartió sus bienes con los pobres y restableció en su Iglesia la práctica de ayunos y viglias.

31. San Silvestre I, Papa († 335).

San Mario, obispo († 594). Siendo obispo de Avenicum (actualmente Avenches, Suiza) transfirió su Sede a Lausanne, donde edificó muchas Iglesias y fue defensor de los pobres.



Beata María Angela Astorch



Simbolismos y zigzags en la vida de San Juan de Mata

Rumbo a Roma, San Juan de Mata fue atacado por moros que arrancaron la vela de su frágil embarcación. El santo, no obstante, la sustituyó con su manto y así fue conducido milagrosamente hasta las costas de Italia. Ese barco simboliza la Contra-Revolución que, aunque con recursos que no pasan de una vela, por el poder de la oración a Nuestra Señora llegará al puerto feliz, que es la proclamación del Reino de María.



Flavio Lourenço

San Juan de Mata - Iglesia Dedicada a este Santo, Salamanca, España

Vamos a comentar algunas notas biográficas sobre San Juan de Mata, sacadas de la obra *Vida de los Santos*, de Darras.

Un ángel se aparece sobre el altar

San Juan de Mata nació en Provençe, el 23 de junio de 1160, de noble fa-

milia. Las armas de la casa de Mata representaban a un cautivo cargado de cadenas, con la divisa: “¡Señor, libradme de estas cadenas y de este cautiverio!”

Un día que su madre se encomendaba especialmente a la Virgen, mientras esperaba el nacimiento del niño, Ella se le apareció diciendo: “No temas, tú darás al mundo un hijo que será san-

to y redentor de los esclavos cristianos. Será Padre de un gran número de hijos que cumplirán el mismo ministerio para la salvación de las almas”.

Sus padres lo educaron en el amor de Dios y de la Virgen, y desde muy temprana edad el niño correspondió a sus cuidados. Hizo sus estudios en la Universidad de Aix-en Provençe, y al volver a su casa decidió retirarse al de-

sierto, escogiendo la región de Beau-me, donde Santa María Magdalena había vivido como penitente.

El demonio lo asaltó rudamente, pero lo venció con un coraje semejante al de San Antonio y de otros solitarios. Después de un año de soledad, Nuestro Señor le recomendó que fuese a terminar sus estudios, pues quería servirse de él.

Juan se fue a la Universidad de París a cursar Teología. Un día mientras rezaba delante de un crucifijo, en el convento de San Víctor, escuchó una voz que le dijo tres veces: “¡Busca la sabiduría, hijo mío, y alegra mi corazón!”. Volvió entonces a los estudios con renovado vigor y se hizo tan versado que los maestros de la universidad le ofrecieron el doctorado. Al principio se negó, pero San Pedro se le apareció ordenándole que aceptase en nombre del Señor.

Siendo profesor de Teología, San Juan de Mata fue ordenado sacerdote. Cuando el obispo le impuso las manos, diciendo: “Recibe el Espíritu Santo”, un globo de fuego apareció sobre su cabeza.

El día de su primera Misa, en el momento de la Elevación, la asisten-



San Juan de Mata renuncia al Doctorado y, enseguida, lo acepta por inspiración divina - Museo de Bellas Artes, La Coruña, España

cia admirada vio surgir sobre el altar a un ángel vestido de blanco, trayendo en el pecho una cruz azul y roja. Extendía sus manos cruzadas sobre dos cautivos, uno de los cuales era cristiano y el otro, moro. San Juan explicó entonces que Dios lo llamaba a fundar una orden para la redención de los cautivos. Con esa finalidad, se dirigió al Papa Celestino III.

Encuentro con Santo Domingo Y San Félix de Valois

En ese tiempo Santo Domingo estudiaba en Palencia. Un día, una pobre mujer vino a pedirle una limosna para ayudarla a rescatar a uno de sus hermanos que era esclavo de los moros. Como el Santo no tenía nada que dar, se ofreció él mismo; y como la mujer no quisiese venderlo, Santo Domingo se lanzó a los pies de un crucifijo, implorando a Dios que socorriese al cautivo y a los otros esclavos cristianos. Entonces, el Crucificado le respondió en voz alta: “Hijo mío, no es a vos a quien quiero encargar de esta obra, sino a Juan, doctor en París. Yo te reservo otro ministerio, que ejercerás entre los cristianos.”

Más tarde, san Juan y santo Domingo se encontraron en Francia, cuando establecieron allí sus Órdenes.

San Juan había salido de Roma. En Faucon encontró a San Félix de Valois, que se unió a él para la consagración de sus designios.

El día de la Purificación de la Virgen, 2 de febrero de 1198, Inocencio



San Juan de Mata se despide de sus padres - Museo Víctor Balaguer, Villanueva y Geltrú, España



Ordenación de San Juan de Mata - Museo de Bellas Artes, La Coruña, España

teólogo suyo. Pero Dios ya lo quería en el cielo, pues el santo cayó enfermo falleciendo en diciembre de 1213. Fue canonizado por Urbano IV en 1262.

Todo lo que es de Dios pasa por zigzags

Esta biografía es rica en datos sabrosos y de alto valor simbólico. Antes que nada, es interesante ver cómo la predestinación de San Juan de Mata se muestra clara. Desde el vientre materno quiso Dios dejar patente que lo destinaba a una gran misión. Pero, mientras lo designaba a esa finalidad, hizo de su vida un verdadero zigzag.



San Juan de Mata celebrando su primera Misa - Museo del Hierón, Paray-le-Monial, Francia

III en persona les dio el hábito de la nueva Orden. Al revestirlos, les dijo que los tres colores que lo componían eran el símbolo de la Santísima Trinidad. El blanco, representando al Padre; el azul, al Hijo; y el rojo, al Espíritu Santo. Y añadió estas palabras: “Hic est ordo approbatur, non a Sancto Fabricato, sed a Deo solo summo – Ésta es una Orden aprobada, hecha no por santos, sino exclusivamente por Dios supremo, sumo.”

Los dos santos se retiraron a Francia, donde fundaron el Monasterio Serfroit y se dedicaron a su trabajo.

Sus luchas son inenarrables, siendo acompañadas de numerosos milagros. Es conocido aquél en que los moros de Túnez retiraron las velas del navío que llevarían a San Juan a Roma. Éste hizo de su manto una vela y el barco fue conducido en seis horas a las costas de Italia. El santo fundó numerosos conventos y predicó la cruzada contra los albigenses.

Habiendo Inocencio III convocado un Concilio en Letrán, el Rey Felipe Augusto escogió a San Juan de Mata como

Primeramente, comenzó a estudiar; luego se volvió eremita; más tarde regresó a sus estudios; luego, ya no bastaban los estudios, sino que era necesario fundar una Orden religiosa. Fue entonces, cuando realizó verdaderamente su vocación.

¿Por qué eso? Porque todo cuanto es de Dios pasa por zigzags, por aparentes o verdaderos fracasos y derrotas, que representan el exterminio de aquella obra, aunque después, al final de cuentas, la Providencia interviene, arregla todo y la obra continúa.

Vemos en esta biografía un camino maravilloso. En medio de milagros, como también de sucesos de su vida, que parecían como desvíos de su verdadera vocación, encontrando aquí y mas allá a Santos extraordinarios como Santo Domingo y, recibiendo de éste la confirmación de su misión providencial, a través de la revelación del Crucificado hecha al futuro fundador de los dominicos; finalmente, llega el momento en que San Juan de Mata funda la Orden para la redención de los cautivos.

Se trataba de obtener limosnas para, a través de ellas, comprar a los mahometanos a los católicos presos que hubiesen caído bajo su cautiverio cuando viajaban por el Mediterráneo, o capturados en las guerras contra los sarracenos.

Esos prisioneros eran tratados como esclavos. Quedando sometidos, por lo tanto, a la vida más ruda que se pueda imaginar, y a tentaciones horribles, una vez que ellos vivían en la promiscuidad mahometana, lo que implicaba toda especie de sollicitaciones al pecado. Situación agravada por el hecho de no tener a disposición sacerdotes para confesarse.

Flábido con los colores que simbolizan a la santísima Trinidad

Imaginemos cuántos de ellos padecían del tormento de pensar que



Retorno de San Juan de Mata con los cautivos de Túnez
Museo Víctor Balaguer, Villanueva y Geltrú, España

podían morir de un momento para otro, sin saber si irían o no para el cielo, pues quien peca mortalmente y se arrepiente de sus pecados sólo por el miedo del infierno, no puede tener la certeza de salvarse, pues es solamente mediante la absolución sacramental que iría para el cielo. La simple atrición, si no viene seguida de la absolución sacramental, no abre para el fiel las puertas del Paraíso celestial.

Entonces, para ayudar a sacar esas almas de semejante tormento, los religiosos de San Juan de Mata conseguían limosnas e iban hacia las tierras de los moros con el fin de rescatar a los cautivos. Sin embargo, ellos mismos quedaban en peligro de ser puestos prisioneros, ya que no se podía tener la menor confianza en la palabra de esos moros.

San Juan de Mata dio el ejemplo para que esa forma de heroísmo se de-

sarrollase, y convocó a religiosos del mundo entero para salvar a esas almas.

En efecto, el número de esclavos cristianos aprisionados por los moros en campos de batalla era enorme. Por eso, la Providencia suscitó esta Orden compuesta de católicos dispuestos hasta entregarse como esclavos para el rescate de aquellos prisioneros. De manera que esas almas sujetas a un sumo riesgo fuesen sustituidas por otras que, por tener más virtudes y perseverancia, exponían con menor riesgo su salvación eterna entre los infieles.

Fue por lo tanto para ese elevado objetivo que esta Orden fue fundada; y Dios llamó para la redención de los cautivos, no sólo a un hombre de linaje noble como San Juan de Mata, sino también a un príncipe como San Félix de Valois. Ambos fueron los fundadores de esta Orden, cuyos miembros deberían estar listos a entregarse como esclavos.



Es bonito ver cómo en el momento en que les es dado el hábito con los tres colores – blanco, rojo y azul –, el Papa declara que son los colores de la Santísima Trinidad. Bajo cierto punto de vista, es una de las más bellas combinaciones de colores que hay. El Papa indicó el simbolismo: el blanco es el Padre Eterno; el azul, el Hijo; y el rojo, que es el fuego del amor, el Espíritu Santo. De tal forma que con los colores de la Santísima Trinidad ellos fueron mandados a realizar ese apostolado.

Las cruzadas eran una empresa santa

Hemos visto todo cuanto ellos hicieron en ese apostolado, y cómo la Obra se hizo famosa durante siglos. No obstante, San Juan de Mata quería predicar una cruzada contra los albigenses. Por lo tanto, este santo tan lleno de mansedumbre, que predicaba el rescate de los cautivos, se

distinguió también por el valor con que predicó la cruzada.

Por otro lado, es un lindísimo apostolado que indica la solidaridad de San Juan de Mata con el movimiento de las cruzadas. Esto comprueba cuánto las cruzadas eran una empresa santa y, cómo actúan muy mal los que la difaman. Verdaderos santos fueron cooperadores de las cruzadas, entusiasmados con ellas.

Además, al rescatar a los prisioneros de guerra, ejercían un efecto favorable a la cruzada, pues disminuía el miedo en los cruzados con la esperanza de ser rescatados; y, a veces, los cautivos liberados podían volver a la lucha. Vemos, por lo tanto, la importancia de esa obra complementaria de las cruzadas.

Todo esto es muy bonito, y es como un anillo de oro en el cual se engasta una piedra preciosa el siguiente hecho: San Juan de Mata se embarca con una serie de cautivos rescata-

dos, y como las velas fueron rasgadas, realiza dos cosas características: primera, improvisa una vela insuficiente. Segunda, reconociendo que la vela no era suficiente, pasa el tiempo entero rezando y cantando salmos.

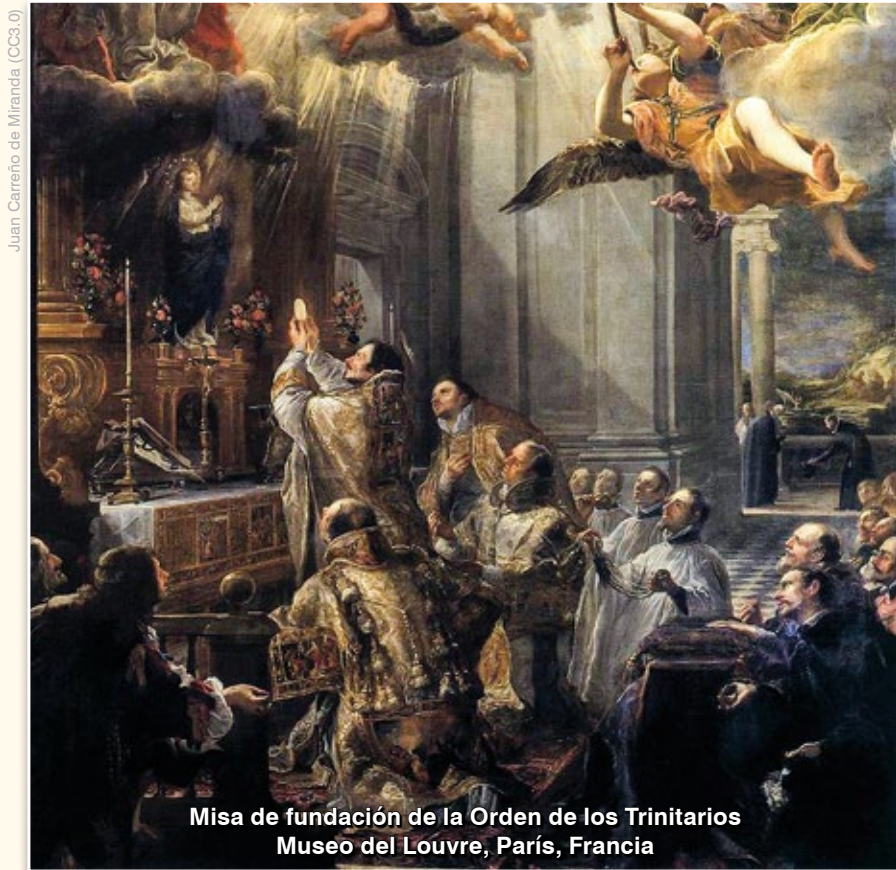
Nuestros recursos no pasan de una pequeña vela

Figurémonos un pequeño barco con ciento y tantas personas, sometido a las olas del Mediterráneo, con aquella vela, perdidos en el flujo del mar; y un santo, con un crucifijo en la mano, cantando salmos a bordo. Podemos tener idea del entusiasmo y de la fe de esos cautivos, los momentos de pánico por los cuales pasaron... Consideremos ¡cuántas veces San Juan de Mata necesitó exhortarlos a tener confianza en Dios, y el bien hecho a esas almas y a toda la cristiandad con ese prodigio!

Pero... ¿cuál era el significado de ese prodigio? Era la confirmación de esta regla ignaciana, siglos antes de San Ignacio: Debemos actuar como si todo dependiese de nosotros y nada de Dios; pero rezar, reconociendo que todo depende de Dios y no de nosotros. Hizo de su manto una vela y mandó que el barco fuese maniobrado, aprovechando los vientos. Pero al mismo tiempo, rezaba reconociendo que todo dependía de la oración.

Ese barco puede simbolizar perfectamente a la Contra-Revolución. Ella es también un barco suelto, y todos nuestros recursos no pasan de una pequeña vela. Debemos pedirle a San Juan de Mata que él haga lo que realizó: cantar oraciones continuas a los pies de Nuestra Señora para que nuestro barco llegue al puerto feliz, que es la proclamación del Reino de María, después de que sea derrotada la Revolución que hoy impera en el mundo. ❖

(Extraído de conferencias de 7/2/1969 y 8/2/1977)



Misa de fundación de la Orden de los Trinitarios
Museo del Louvre, París, Francia



Alegría y dolor junto al Pesebre

El cántico de Navidad por excelencia, el *Stille Nacht*, expresa en sí el equilibrio de las almas santas en la unión entre alegría y dolor. ¿No sería esta la propia canción de María Santísima a su Divino Hijo?

En vísperas de la noche de Navidad, de la *Stille Nacht*, *heilige Nacht* – la noche de gracia por excelencia –, ¿qué meditación me viene al espíritu?

Los acontecimientos que nos circundan son tan tumultuosos, todo cuanto nos cerca es tan apremiante, meditamos desde adentro de una lucha tan fuerte, que no es posible que las marcas de tormento, de sangre y de lágrimas no repercutan en nuestra meditación. Es de esta manera que presento lo que está en mi espíritu.

Plan metafísico de Dios a respecto de la Encarnación

Según una corriente de teólogos, Nuestro Señor Jesucristo se habría encarnado y venido al mundo, aunque no hubiese habido el pecado original y, con éste, la necesidad de la Redención.

¿Por qué habría venido al mundo si el género humano no necesitaba ser redimido? Por causa de un plan metafísico de Dios, de una belleza incomparable, sin el cual creo que las fiestas de la Santa Navidad

no pueden ser adecuadamente comprendidas y aquilatadas.

La idea de que el Verbo de Dios se haría carne y habitaría entre nosotros y que habría de ser un Hombre con plena naturaleza humana, unido por unión hipostática a la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, este plan divino existía en virtud del principio metafísico de la *reductio ad unum*.

Habiendo Dios creado a los hombres, no era necesaria la Encarnación, pero convenía, era excelente que el Hijo de Dios se hiciese hombre. ¿Por qué? Por causa de una exce-



Tomas T.



lencia que a los Ángeles no les fue dada, y sí a los hombres, inferiores a los espíritus angélicos.

Me explico. Cuando existe una pluralidad de seres congéneres, hay la conveniencia de que haya un ser más excelente que todos, el cual reúne en sí en alto grado todas las cualidades que ninguno de aquellos seres plurales posee individualmente.

Ejemplificando el principio de la *reductio ad unum*

Imaginen una playa de la cual alguien tomase un puñado de arena con granos plateados y brillantes como si fuesen pequeñas estrellas, y utilizando un microscopio potentísimo vaya examinando grano por grano. Esa persona vería que cada grano es diferente de los otros y tiene, por algún lado, una excelencia propia.

¿Cuál sería la operación del espíritu humano analítico, inteligente, capaz de encantarse con la belleza propia de cada grano, como quien viese uno sólo? Tendría la tendencia de

formar una sola imagen y se preguntaría cómo sería un grano ideal, que tuviese una belleza plena. Este es el principio de la *reductio ad unum*.

Los granos de arena son de un mismo género, pero variados. En una playa, son millones. Como seres variados que son, cada uno de ellos tiene uno de los aspectos de belleza de las cuales nace un libro que el género “grano de arena” es capaz. Así, después de recorrer todos esos aspectos como quien lee las letras que forman palabras de las que nace un libro, el alma humana, por ser una, pide una figura también una y se pregunta, necesariamente, cómo sería el supergrano, el archi-grano, el grano perfecto que contiene magníficamente a todos los otros.

Podríamos suponer la existencia de un hombre que desde niño hubiese comenzado a analizar granos de arena, y al llegar a la senectud, cuando su vista cansada ya no pudiese más ver nuevos granos de arena, comenzaría a pensar, con el poder de su inteligencia madurada por la vida, dejando el grano arquetípico dibujado o pintado sobre el

papel, evidentemente en dimensiones mayores que el original, pero tan reducidas cuanto él pudiese representarlo, porque el hombre no es capaz de acumular tantas perfecciones en tan pequeña superficie. Se puede comprender, que en el momento en que termina de pintar el archi-grano, se caiga de su mano envejecida el pincel y muere cantando el *Gloria in excelsis Deo* - Gloria en lo más alto de los cielos a Dios, y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad. “¡El archi-grano yo lo concebí, mi mente lo dibujó!” Se comprende que esa sería una linda vida.

Alguien podría decir: “¡Vida de poeta!” Otros pensarían “¡Vida de artista!” Nosotros afirmamos: “¡Vida de teólogo!” Más aún, diríamos: “¡Vida de un hombre lleno del espíritu del Reino de María!” Porque aquí está el espíritu del Reino de María: mostrar la pluralidad de las bellezas de un mismo género y procurar reducir las a un solo archi-modelo que supere en calidad todo lo que sintetiza, y que al mismo tiempo se vea representado y multiplicado al infinito por todo lo que refleja.

Eso también lo vemos en el cielo. Cuando contemplamos todas las estrellas del firmamento, pensamos en una archi-estrella. Y tan misericordioso fue Dios, que no habiendo querido crear la archi-estrella, por designio de su infinita Sabiduría, nos dio una ilusión de que esa archi-estrella existe: el Sol y la Luna. Pero, al mismo tiempo, Él nos dio la ciencia de que esa archi-estrella no existe, porque con el telescopio vemos el sol y sabemos que, si bien nos parece muy grande, es una bolita perdida en esa cantidad infinita de soles existentes en el universo.

Entonces, al mismo tiempo en que Dios nos mostró una grandeza que, a primera vista, no tiene *unum* en el cielo, allí implantó, entre tanto, la ilu-



sión de ese *unum* en la luna. Al verla nos tranquilizamos diciendo: “¡Oh luna, tú eres verdaderamente reina!” Entre tanto, en cuanto nuestra sensibilidad aclama a la luna como reina, nuestra inteligencia aclama a Dios diciendo: “¡No! ¡Hay algo mucho mayor, mucho más bello! ¡Cómo la luna es pequeña! Ella no es sino una insignificante representación de la Madre del Creador. Y si esta es la luna, ¿Cómo es Aquél que se hace simbolizar por el sol?”

Habiendo, pues, considerado la operación de *reductio ad unum*, por la cual mi espíritu caminó, desde mi juventud, con paso fiel, pero incierto durante tantos años hasta conseguir encontrar la pista que en este momento estoy apuntando, pasaré a presentar algunas aplicaciones corrientes de esa idea.

Reversibilidad propia al Reino de María

Hay poesías que declaman la belleza de la flor. ¿Qué es esa flor en abstracto que tantos poetas cantan? Ellos no lo perciben, porque los poetas muchas veces no saben filosofía...

Por cierto – abro aquí un paréntesis –, el mal de los poetas es que no saben

filosofía; y el mal de los filósofos es el no saber poesía. Ellos mismos no tienen el espíritu vuelto hacia la *reductio ad unum*. Si los filósofos fuesen poetas de gran alma, no descansarían sin haber sondeado por el sentimiento la belleza del pensamiento que tuvieron. Y si fuesen filósofos a carta cabal, no descansarían sin haber expresado la belleza que su pensamiento concibió, pero no sintió. Es en esa reversibilidad en la que el alma, sobre todo en el Reino de María, se encontrará plena. Así deben ser nuestras almas.

Pues bien, el poeta canta, sin darse cuenta, una flor metafísica, ideal, que tendría las cualidades de todas las flores: *flos florum* – la flor de las flores, perfecta –, que encuentra en la miotis, en la rosa, en cuantas otras flores, la expresión suprema de su belleza. Ésta tampoco existe en el reino de las flores, pero es la poesía quien la crea, es el hombre quien la imagina.

Nos encontramos, por tanto, en esta situación: para determinados seres, Dios crea un modelo perfecto, en el cual se ve el arquetipo. Para otros, crea una inmensa y espléndida variedad de maravillas, pero no crea el modelo perfecto.

Dios quiso que hubiese una “Arqui-alma” entre los hombres

Notamos eso en seres magníficos: los Ángeles. Podría argumentarse: “¿Pero los Arcángeles no son los arquetipos de los Ángeles?” Respondo: ¡Lo son!, Pero ¿quién es el arquetipo de los Arcángeles? Hay siete espíritus angélicos supremos que delante del trono de Dios lo adoran eternamente. ¿Serán siete contados con los dedos de las manos? ¿O es un número simbólico? Quizás sea simbólico, y nadie sabe cuál es el número de esos Ángeles más magníficos que todos los otros, los cuales por su naturaleza son los más altos de los seres creados, y que brillan delante de Dios por toda la eternidad, ¡perfectos!” Entre tanto son siete ... Y el *unum* de esos Ángeles no existe.

Sin embargo, Dios al crear el género humano tan inferior a los Ángeles, al concebir esta multitud incontable de almas, desde Adán hasta el último que vivirá sobre la faz de la tierra, hizo a cada una a la manera de una colección tal, que cada alma es enteramente única, y si ella se entrega a Dios será una maravilla enteramente singular



Los Siete Espíritus Angélicos Supremos (colección particular)

Gabriel K.



como ninguna otra. Unas podrán ser mayores, otras menores, pero como aquella, sólo ella. Si Dios crea dos almas iguales, sería un absurdo; sería como si tartamudease repitiendo errada e inútilmente dos sílabas en la “palabra” perfecta que es la Creación. Eso, no puede hacerlo. Su Verbo tiene todos los poderes, menos el de tartamudear, pues eso sería imperfecto.

Dios tuvo la intención de crear esa variedad prodigiosa de almas, todas destinadas a un ideal de santidad.

Consideremos no solo los innumerables pueblos de los cuales la Historia nos da una idea, aunque vaga y pálida, cuyos restos existen más o menos esparcidos por la tierra, pero cuantos otros pueblos hubo que la Historia se tragó. Hay, por ejemplo, en Indonesia, ciudades enormes en ruinas, con inscripciones que nadie entiende, de pueblos con civilizaciones que nacieron y murieron no se sabe cómo, durante no se sabe cuánto tiempo.

Allí están en la soledad, metidos en las selvas, en islas en medio de los mares, monumentos espléndidos representando los anhelos de los hombres, de los pueblos de razas a respecto de los cuales no hay nada en los registros de la Historia. Así, nos podemos hacer una idea de la insondable cantidad de hombres que nacieron, de almas sur-

gidas del poder creador de Dios, desde el momento en que Él creó a Adán.

Pero para nosotros, hombres tan menores que los Ángeles, Dios deliberó crear una Arquialma, y esa variedad quiso que tuviese un *unum*. Así como el arquigrano de arena, debería haber un Hombre tan prodigiosamente grande, que tuviese en su inteligencia más que las inteligencias de todos los hombres, en quien hubiese las peculiaridades de todos los hombres en tan alto grado, y que sería enormemente más perfecto que todos ellos.

El Unum de todos los hombres

Supongamos que conocemos un hombre dotado de tal poder que, cuando se mueve, los astros se detienen pasmados; cuando pasa, las flores se vuelven hacia él, los animales le prestan homenaje, las plantas y las hierbas se extienden buscando sus pies para, por lo menos, ser pisadas por él; las brisas van a su encuentro; las aguas que lo reflejan se estremecerían de alegría. Pues bien, imaginemos ese varón. El Arquihombre, recostado en un pesebre y tendremos una idea irremediadamente pálida e imperfecta del Niño Dios nacido de la Virgen María que lloró y sonrió en Belén.

Sin duda, los clamores de los cruzados, la misericordia de todos los santos

que se entregaron a las obras espirituales o temporales de caridad a lo largo de la Historia, todo eso nació de Él, estuvo en su alma, de un modo inimaginable. Antes de encontrar algún reflejo en el alma de los bienaventurados, cuyos nombres, al declinarlos, nos sentimos llenos de respeto y veneración, esa corte incalculable a lo largo de los siglos estaba en Él, pero de un modo tal que tenemos deseo de doblar las rodillas pensando en Santa Teresa, en San Francisco de Asís, en la majestad pensativa, meditativa, solemne de San Benito, no podemos tener ni siquiera una pálida idea de cómo todo eso lo tuvo Nuestro Señor Jesucristo. Ellos fueron destellos de Él. Fulgores tan bonitos que no llegamos a poder representarlos, entre tanto, frente a Él tan pequeños que pasan a ser insignificantes. Y sin embargo, por ellos comprendemos lo que fueron esas perfecciones en Nuestro Señor Jesucristo.

A esas perfecciones estaba asociado un don que si Jesucristo fuese apenas un arquihombre no tendría: la unión hipostática, haciendo de dos naturalezas enteramente distintas una sola Persona Divina. Él es la propia imagen del Padre Eterno con todos sus resplandores, conteniendo la expresión de esos resplandores eternos de tal manera que Él, volviéndose hacia el Padre Eterno, como que se adora a sí mismo viéndolo. De esa adoración entre esas dos perfectas identidades procede la tercera persona de la Santísima Trinidad que es el Espíritu Santo.

La unión de este Arquihombre con la segunda persona de la Santísima Trinidad le confiere algo en comparación de lo cual inada es nada! De tal manera que eso es de mucha fuerza, reluciente, eterno, divino, que pasa por encima de todo cuanto podamos pensar.

Así se comprende cómo Dios quiso hacer, a los hombres, tan inferiores a los Ángeles, esta honra. No existió un Ángel que fuese la *reductio ad unum* de todos los Ángeles.



Ruinas en Indonesia

No hubo un Ángel unido hipostáticamente a una de las personas de la Santísima Trinidad. Pero hubo un Arquí-Hombre unido hipostáticamente al Verbo Divino. *iHic taceat omnis lingua!* - ¡Aquí toda lengua se calle!

Belleza de la grandeza que se hace pequeña

La Providencia quiso – y aquí está el encanto de la Navidad – hacernos ver hasta qué punto ese Hombre-Dios contenía todas las bellezas posibles del hombre, pero que toda meditación sobre la Santa Navidad comenzase por contemplar a ese Hombre divinamente grande como pequeño.

Aquel del cual nosotros cantamos la grandeza diciendo que el firmamento es pequeño para contenerlo, comenzamos por analizarlo en un pesebre; frágil, entregado al cuidado de María y José, objeto de la adoración de los pastores y de los magos, bajo el aliento de los animales que lo fueron a calentar en la noche fría de aquel invierno. Dios quiso que Aquél que creó el sol fuese abrigado por el aliento de los animales. Nos dio con eso una lección de la dignidad de la vida: un buey vale más que el sol, porque es un ser vivo. Y, al mismo tiempo, hay una humildad enorme en el hecho de Dios Nuestro Señor permitir que el aliento de ese animal, de esta tierra de exilio, acaricie a quien creó al Astro-Rey. Hay, entre tanto, una glorificación de lo que es vivo en esa honra primera: mientras el sol “dormía”, el buey estaba despierto y los Ángeles llamaban a los pastores. Se comprende fácilmente los magníficos contrastes que contiene.

Dios hace entender que el menor de los hombres, el más estropeado, el más burro, el más defectuoso, el más enfermo, sea lo que sea, comparado con el sol es mucho más, desde que no sea pecador, sino fiel a la gracia de Dios. Pues, si el menor de los hombres dista más del buey que éste del sol, ¡cuanto más, el menor de los hombres vale más que el Astro-Rey!



J.P. Ramos

Entonces, Nuestro Señor Jesucristo entra en la tierra dándonos esta magnífica e incomparable lección: tan pequeño para mostrar la grandeza de todo cuanto es pequeño, de todo cuanto nace y se desenvuelve a partir de un determinado punto, la grandeza de las eras históricas en el momento en que nacen de la lucha, de las cóleras sagradas, de las oposiciones irreductibles de un pequeño grupo de perseguidos. Ahí está la belleza y la grandeza de todo cuanto germina.

Ternura y compasión en el cántico natalino por excelencia

Vemos, por lo tanto, cuanta meditación filosófica cabe dentro de la consideración de Niño en el pesebre. Eso está bien expresado en los acentos del *iStille Nacht! iHeilige Nacht! Alles schläft, Einsam wacht. Nur das traute heilige Paar.* El alma de un pequeño profesor de Baviera, en el siglo XIX, cantó; hubo un compositor y un poe-

ta que, para sacar a un párroco de un apuro en una noche de Navidad, exhalara una canción que se podría decir que la humanidad tenía prisa en cantar. Transcurrieron mil ochocientos años de la era cristiana y el cántico de Navidad popular y perfecto aún no había aparecido, pero se diría que en las sombras todos lo tataraban. Cuando al final ese anhelo se fue acumulando en esas dos almas, que no tenían ninguna noción de eso, en la hora cierta deseada por la Providencia, ellos compusieron la canción cierta que en determinado momento el mundo escuchó maravillado; se difundió por el mundo como el cántico navideño por excelencia.

Escuchemos los acentos de esa música. Está el Niño Jesús, tan grande y pequeño, en el pesebre. Él podría ser tan terrible si nos manifestase su fuerza. Pero está tan desarmado, y quiso de tal manera colocarse a nuestro alcance que para convencernos bien de que Él quiere tener esa familiaridad, ese contacto absolutamente desembarazado con nosotros, se hizo menor que noso-



tros, a pesar de que sea infinitamente mayor. Quiso que el alfa de la meditación a su respecto fuese el considerarlo tan pequeño, y que nos extasiemos no por verlo crear los soles, levantar la tierra, presidir la Historia, creando las almas y modelando los cuerpos, inspirando las acciones de los buenos y castigando a los malos; nada de eso. Sino contemplarlo tan pequeño que exclamemos: “Pero ¡cómo Él, tan grande, vino a hacerse tan pequeño! ¡Él es tan inmenso! ¡Infinito! Y entretanto, ¡tiene tanta ternura que llegó a ese extremo inimaginable de querer inspirar pena como pequeño hasta provocar admiración!

Toda meditación de su vida es una secuencia de admiraciones. Quiso que el primer movimiento de admiración estuviese mezclado con compasión. Igualmente, después que el último movimiento de admiración también estuviese mezclado con pena. Y que cuando llegase el último episodio de su vida terrena, en la última agonía, dijésemos: “¡Dios mío, qué pena de Vos!” Es decir, es tan mayor que nosotros, que no conseguiríamos amarlo, si no fuese que se nos presente siendo menor. En su bondad, para tener proporción con nosotros, tan pequeños, solamente haciéndose niño, podría comenzar la relación con nosotros. Solamente haciéndose gusano y no hombre, oprobio de los hombres y carcajada del pueblo – como a su respecto dice el Profeta Isaías –, haciéndose así en lo alto del Calvario, podríamos conmovernos. Somos tan pequeños, que no prestaríamos la debida atención en el libro entero, si la primera y la última letra no tuviese una estatura menos incluso que nuestros ojos.

Arrodillados delante del Pesebre, contemplando al Niño Jesús, sentimos un respeto sacral acompañado de ternura y compasión. La amalga-



Encuentro de Jesús con su Madre camino del Calvario
Museo de Arte Sacra.
Évora, Portugal

ma entre respeto y compasión – sentimientos aparentemente incompatibles, a primera vista – inspira, de comienzo a fin, el *Stille Nacht*.

Ojiva de incomparable esplendor

Las palabras hablan de la noche silenciosa, santa; mientras todo duerme, vela aislado el respetabilísimo y altamente santo matrimonio. Pero en cuanto esas lindas palabras son proferidas, la melodía habla más que los vocablos. La música expresa no tanto lo que se siente respecto de la noche silenciosa durante la cual todos los hijos de las tinieblas duermen y solo el matrimonio justo por excelencia está despierto, sino también el sentimiento de ese matrimonio viendo al Niño Jesús.

Cuando escuchamos cantar *Stille Nacht*, tenemos la impresión de entrar en el Sapiencial e Inmaculado Corazón de María y de oír allí su propia canción, diciendo: “¡Hijo Mío! ¡Mi Dios y tan niño, tan pequeño, tan grande y adorable! ¡Cómo te adoro! ¡Cómo tengo pena de Ti! ¡Cómo te

respeto! ¡Protégeme! ¡Cómo te amo! ¡Yo te protegeré!”

En esa música está la ojiva incomparable que para mí es el símbolo perfecto del sentimiento que la noche de Navidad debe despertar. ¡Hay una cosa cualquiera muy alta! ¡Él está allí! ¡Cerca de Él está Ella, y cerca de Ella está San José! ¡Pero, sobre todo, está Él, tan infinito y pequeño! ¡Y al mismo tiempo tan adorable!

De comienzo a fin, en el *Stille Nacht*, el sentimiento que se desenvuelve es ese. Si entonamos este cántico bajo esa interpretación, notaremos ora lo grave del pensamiento adulto, ora una cosa cualquiera que habla del sentimiento del niño; y es casi un diálogo entre el adulto y el niño. Por otro lado, hay momentos en los que se tiene la impresión de oír al Niño llorar, y otros en los cuales Él sonríe.

Tristeza augusta, admiración jubilosa

Hay algo más en el *Stille Nacht* que participa de la atmósfera navideña al modo de cómo Cristo Nuestro Señor, presente y vivo en la Iglesia Católica, forma parte de la atmósfera interna de toda catedral gótica. Hay, a lo largo de toda la música, una cierta amalgama armónica de alegría y de tristeza, independiente de los momentos en los que la nota de alegría o de tristeza es mayor. Desde el inicio, en el *Stille Nacht* hay una cierta tristeza augusta, junto con una admiración jubilosa. Incluso cuando habla de llanto, hay subyacente una cierta alegría.

Cuando entramos en una catedral y vemos un rosetón sobre el cual brilla el sol – a penumbra de la catedral y aquellos dardos de luz multicolor que esparcen zafiros, esmeraldas y otras “piedras” por el suelo –, por todos lados encontramos el esplendor

cercado por la penumbra, percibimos una composición de alegría y de dolor que forma uno de los más altos aspectos del alma humana. Creo que ese aspecto se expresa mucho en la Liturgia católica, que muchos consideran aburrida por solo saber vivir de carcajadas. Incluso en los días de las celebraciones de Pascua, hay cualquier cosa de tristeza; así como en la Semana Santa hay también un fondo de esperanza que nada consigue borrar.

Si analizamos bien lo que la Revolución hizo de esa ojiva, compuesta de alegría y de dolor, veremos cómo ella intentó destruirla. Esa ojiva que tan bien se ve en las buenas imágenes de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora, en el Santo Sudario, por ejemplo, el dolor tremendo, pero aquella decisión, la mirada de aquellos ojos cerrados, la proclamación de aquella boca cerrada, la rigidez de aquel cuerpo flácido; ¡Es una cosa admirable! ¡No digo que no haya un artista capaz de representarlo, digo que no hay artista capaz de concebirlo!

Dolor en el fondo del cual habita la alegría inefable

Pues bien, ese equilibrio de alegría y dolor, si prestamos atención, la Revolución lo rompió. Y las personas imaginan el dolor como un estado de alma sin alegría, y definen la alegría como un estado de alma sin dolor. Mirando a nuestro alrededor vemos eso con una frecuencia impresionante, para no decir que sólo encontramos esa concepción, incluso entre almas muy piadosas. Por ejemplo, considerar la Semana Santa como la semana del dolor, en la cual solo se llora; mientras que la Navidad es la semana de la alegría, en la que sólo hay contentamiento.

Ora, cuando una persona separa la alegría del dolor, solamente concibe dolores sin alegrías y alegrías sin dolores, y se raja por la mitad. La Revolución, por no considerar y no ser de ese modo, es maldita, porque rajó, liquidó

y sacó de las almas la paz del *Stille Nacht Heilige Nacht!*, la paz de la Navidad y al mismo tiempo del Viernes Santo.

Hoy en día, todos huyen del dolor, Hay predicadores que quieren convencer a los hombres a resignarse con el dolor. Tienen razón, pero cuan raros son... Otrora fueron más numerosos. ¿Será que ellos sabían pintar a los ojos de los hombres ese verdadero dolor, en el fondo del cual habita la inefable alegría de Nuestro Señor y de Nuestra Señora, Él crucificado y Ella a los pies de la Cruz?

Uno de mis primeros encantos con la Iglesia Católica fue cuando era niño, tan pequeño que no sabía bien lo que era ni alegría ni dolor, pero sentía esa penumbra en la iglesia y oía el órgano, el cual siempre tiene algo de Semana Santa y de Navidad en todo cuanto toca, y me decía a mí mismo: "¡Hay aquí un equilibrio al cual doy el nombre de santidad! Este es el estado temperamental, la fisonomía moral de los Santos. Encuentro

eso en el interior de tantas iglesias, reflejado en tantas imágenes..." ¿De dónde viene el equilibrio? De esa junción de la cual el *Stille Nacht* nos da un ejemplo, pero del cual la Iglesia Católica nos da mil otros ejemplos.

Pidamos a la Madre de Dios, presente a los pies del Niño Jesús, y cuyo Sapiencial e Inmaculado Corazón es el reflejo indeciblemente perfecto de todo cuanto hay en Él, que nos de muchas gracias a la manera de sonrisas acumulativas de alegría y de dolor; y que nos conceda ese especial equilibrio de alma, el cual hará de nosotros los héroes que queremos ser, o sea, santos, pues sólo ellos son los verdaderos héroes.

Es en esa perspectiva que, delante del Pesebre que comienza a engalanarse, doblo las rodillas y pido el auxilio de Nuestra Señora. ❖

(Extraído de conferencia de 23/12/1978)



Antoin Ovelha



“Celestización” de la vida temporal

El verdadero arte debe buscar lo maravilloso de manera creciente. Su papel consiste en describir, en la medida de lo posible, un ambiente en torno al hombre que le indique la manera de tomar el camino que lo lleve al Cielo. La Revolución hace exactamente lo contrario.

Una nueva perspectiva desde la cual se puede considerar el tema de la “gracia” sería la siguiente:

Métodos para representar lo maravilloso

Imaginemos que hubiera un lugar donde los Ángeles visiblemente bajarían y pasarían algún tiempo allí alabando a Dios, y luego se irían. Por ejemplo, el lugar donde apareció el ángel en *Cova de Iría*, donde indiscutiblemente se siente una bendición. Ahora bien, el alma humana fue hecha para sentir cosas de ese tipo por toda la Eternidad; nuestro normal estado de bautizados es estar en presencia de realidades que tengan ese quilate. Es nuestro punto final de reposo.

Esto significa que, en la medida de lo posible, la misión del arte consiste en describir ese ambiente en torno al hombre, para que éste tome el camino indicado y sea llevado al Cielo, mientras que el papel de la Revolución es, por supuesto, lo contrario.

Así pues, no hay maravilloso que baste para un arte verdadero. Sin embargo es necesario distinguir dos cosas. Una, es lo maravilloso representado mediante las cosas materiales, por ejemplo cualquier cuadro con una escena medieval de cruzados partiendo para la guerra. Y otra, sería una pintura de ángeles hecha por Fray Angélico que se sirve de cosas materiales para representar el puro espíritu en estado de gracia y donde el tema directo casi no es la materia sino la gracia. Aquellos cuadros de Fray Angélico indiscutiblemente representan un intento de servirse de la pintura para representar lo maravilloso, y de hecho lo logran. Eso es diferente a representarlo mediante una catedral. Sin embargo, ambos modos deben ser utilizados.

Dimensión celestial de la Cristiandad

¿Cómo sería el hombre formado en un ambiente completamente así? ¿Cómo serían sus relaciones? Conocer eso nos daría una idea de la sociedad que formó.

Esto ningún tratado de Derecho Natural lo dice porque escapa a esa materia. Sin embargo, debería haber obras que aborasen ese asunto y a las cuales un tratado de Derecho Natural hiciera referencia. Porque el orden meramente natural en lo que dice respecto al hombre no existe. Por lo tanto, o la Cristiandad tiene una dimensión celestial – y consecuentemente muy superior a lo que se imagina – o ella no alcanzó su fin. Así que entonces la meta es la “celestización” de la vida terrena sin dejar de ser terrena. Se podría decir que, hasta cierto punto, antiguas monarquías lograron pálidamente y de algún modo algo de ese género, pero no se atrevieron llegar hasta allá.

Tomemos por ejemplo el dormitorio de María Antonieta. Aquellos tejidos maravillosos eran hechos para darle a la sociedad terrena el aspecto más bonito posible, pero no tenían la intención de la “celestización”. Si la hubiese tenido, no sé hasta dónde hubiera llegado.

En mi opinión, al espectáculo de horror del demonio que se prepara para venir y mostrarse, tendríamos que saber oponerle el espectáculo admirable de Nuestra Señora que prepara el Reino de María.

Una maravilla que deslumbraría a Venecia

Es indiscutible que Dios hizo ciertas obras – a ruegos de María Santísima – que “celestializan” un poco más de lo que los hombres se imaginan. Venecia es una de ellas.



Adoración de los Reyes Magos – Galería Nacional, Washington, EE.UU.

Alexander R. Pruss. (CC3.0)

Podría haber habido allí un *Fray Angélico* que jugase con los reflejos del agua en un monumento, en una escultura, en una pintura o un mosaico colocado directamente a la orilla del agua. Podemos ver que esa idea ni se le pasó por la cabeza a los artistas. Tampoco por la de los que construyeron esos palacios, que estaban pensando en todo menos en eso.

Por ejemplo, un edificio que podría haber estado al borde del agua es la Catedral de Orvieto. Ella imaginada en Venecia y colocada en una isla ¡quedaría maravillosa! Especialmente si hubiera en algunos lugares braseros bonitos de hierro hermosamente trabajados para poner antorchas durante la noche. Podría ser muy hermoso. Diré más: ¡Sería tan hermoso que casi deslumbraría a Venecia! El resto de ella quedaría valiendo poca cosa al lado de eso. Hay ciertos tipos de maravillas que van más allá de la tierra. Son paradisiacos.

La arquitectura francesa, por hermosa que sea, no queda bien en medio del agua como en Venecia. Recuerdo el lamento de la condesa Anna de Noailles¹: “*C’est trop beauté!*” – “¡Es demasiado hermoso!”.

La misión del orden material creado es ser un reflejo del orden espiritual. Se entiende por aquí la expresión de San Pablo que dice: “De hecho, las perfecciones invisibles de Dios son percibidas por el intelecto a través de sus obras, desde la creación del mundo” (cf. Rom 1, 20). Por tanto, de todo lo que nuestra alma desea ver espiritualmente, si sabe leer las cosas de la Tierra, ella saca las conclusiones apropiadas. Por eso estoy analizando continuamente todas las cosas. ❖

(Extraído de conferencia de 13/7/1990)

1) Poeta y novelista francesa (*1876 - †1933).

Tabernáculo del Verbo Encarnado

*T*odo lleva a creer que la gestación de Nuestro Señor Jesucristo, por haber sido perfecta, haya durado nueve meses normales. En ese periodo, María Santísima traía consigo, como en un tabernáculo, el Verbo Encarnado. Eso significaba un proceso interno de producción de su Cuerpo, al cual, ciertamente, debería corresponder un proceso de unión del alma con el Hijo que Ella estaba engendrando: Ella le daba el Cuerpo y Él la revestía de las gracias en proporciones inimaginables.

Después de eso, Ella debería aprovechar, con fidelidad perfectísima, los treinta años de la vida oculta de su Divino Hijo. Cada minuto de presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Sagrada Familia representaba una gracia inmensa para la Virgen María y San José, superiormente correspondida por los dos.

(Extraído de conferencia de 04/08/1965)

